

MARCHENA, JOSÉ (1768-1821)

POESÍAS

ÍNDICE:

ODAS

I

Sueño de Belisa

II

Belisa en el baile

III

El estío

IV

A Meléndez Valdés

V

A Chabanó

VI

A Lícoris

VII

La Revolución Francesa

VIII

La primavera

IX

El amor rendido

X

A Carlota Corday

XI

El canto de Amarilis

ELEGÍAS

I

A Lícoris

II

A Amarilis

III

La ausencia

IV

Traducción de Tibulo. (Elegía primera del libro segundo.)

SÁTIRAS

I

A Santibáñez

Discursos

En la abertura de una Sociedad Literaria

Discurso primero

EPÍSTOLAS

I

A Emilia

II

A mi amigo Lanz

SILVA

A cuatro hermanas

SONETOS

I

A una dama que cenó con el autor

II

El sueño engañoso

VERSOS SUELTOS

I

II

III

EPIGRAMAS

I

Sobre la traducción de la muerte de César

II

Sobre la crítica de esta traducción por un italiano

ROMANCES

I

En la profesión de una monja

II

El amor desdichado

SEGUIDILLAS

Primeras

A una dama

HEROIDAS

I

Enone a Paris. (Traducción de Ovidio.)

II

Heloísa a Abaelardo

III

Abaelardo a Heloísa

IV

Elegía

V

Traducción de Tibulo

ODA

XII

Traducción de Horacio

POEMAS

I

La guerra de Caros. (Traducción de Osián.)

II

La guerra de Inistona

POESÍAS NO INCLUIDAS EN EL MANUSCRITO DE PARÍS

Oda

A Cristo crucificado

Apóstrofe a la libertad

Epigrama de la Inquisición

Oda

Al rey intruso José Napoleón cuando entró en Córdoba en 1810

POESÍAS

ODA

I

Sueño de Belisa

Belisa duerme: el céfiro suave
agita la violeta blandamente;

el arroyuelo corre mansamente,
y el padre Tormes con su ruido grave
teme inquietar su sueño regalado;
el Sol desde el Ocaso
lanza lánguidos rayos;
el Amor recostado
sobre el tierno regazo
de Belisa, le guarda el dulce sueño.

El cefirillo vivo
en fragantes olores empapado,
retozón y lascivo
ora el seno nevado
agita licencioso,
ora más atrevido
el labio sonrosado,
el labio de carmín besa amoroso.

¡Oh sueños verdaderos,
sueños que a los mortales
dicha pronosticáis o desventura!
Venid, venid ligeros:
ablandad ¡ay! la dura
condición de Belisa, y sus desdenes;
y mis acerbos males
mudad en un instante en dulces bienes.

Pintadle mi cariño respetoso,
y mi amante constancia y mi firmeza,
y mi ardiente pasión impetuosa;
quizá que ella piadosa
deponga su fiereza,
y me quiera una vez hacer dichoso.

Sueño; pues tú amansaste los rigores
de la que el dulce canto
de Batilo esquivaba,
de Batilo el honor de los pastores;
si te mueve mi llanto,
mi llanto que apiudara la onza brava,

de mi Belisa muda los desvíos
y... Mas ella despierta,
y su dulce sonrisa
es una prueba cierta
de que el Sueño escuchó los votos míos.

Mas ¡ay! que ella me llama; fuente pura,
pintadas florecillas,
y vosotras parleras avecillas
celebrad a porfía mi ventura.

II

Belisa en el baile

Cual rosa sobresale entre las flores,
o cual la luna en la mitad del cielo
a las estrellas todas señorea;
cual entre chozas de pajiza aldea
se levanta del suelo
el erguido palacio; así Belisa
abrasando de amor a mil pastores
entre las zagalejas sobresales,
y todos los zagales
la danza y las pastoras descuidando
absortos a Belisa están mirando...

Los sus ojos de fuego
que de un azul brillante
el Amor ha pintado
doquiera que los pone abrasa luego;
ni hay corazón helado
que su mirar no encienda en un instante.

El rubio y rizo pelo
en ondas mil de oro al aire dado
por el cuello nevado
desciende en largas trenzas hasta el suelo.
Cual se ve entre celajes
Febo en Abril sereno
ya cerca de Occidente,
tal por entre las gasas y plumajes
se columbra tal vez el blanco seno
y su pecho que late blandamente.

Mas ella a danzar sale: las zagalas
le ceden envidiosas
el puesto: avergonzadas
la maldicen llorosas
con su belleza airadas;

mas la pastora amable
desarma su furor con risa afable.

¡Cuán concertadas son sus cabriolas!
¡Cuán muelle el paso! ¡Qué animado el gesto!
¡Qué viveza en la acción! ¡Cuánta finura
del cuerpo en el contorno delicado!
Las Gracias y el Amor la han maestrado
y a rendir corazones la han dispuesto.
¡Oh fatal condición! ¡Oh pena dura!
Belisa, que los Cielos han formado
para inspirar amor a los mortales,
de amorosos cuidados
exenta y libre su poder ignora.

Amor; tu harpón dorado
asesta y hiere de Belisa el pecho;
yo besaré gustoso mis cadenas;
voluntario me echo
el dogal apretado,
y de hoy más tu cautivo me confieso,
si tus grillos de lirios y azucenas
a mi Belisa echases
y en una misma cárcel nos juntases.

III

El estío

Del álamo frondoso
las verdes hojas ya se han marchitado;
el segador cansado
en mitad de la mies toma reposo.
Por aquí un arroyuelo bullicioso
con aguas cristalinas corrió antes,
ora un aire inflamado
y de la seca arena el polvo ardiente
enciende al fatigado pasajero.

Un delicioso otero
del Tormes rodeado
con su sombra suave nos convida,
do el aromado ambiente
del céfiro empapado
en olores fragantes

de millares de flores
su blando soplo espira a los amantes.
Todo respira amores;
las tiernas palomillas
con ardientes arrullos repetidos
muestran su amor; las tristes tortolillas
con profundos gemidos.

Allí, mi bella Emilia, viviremos
lejos del mundo, libres de cuidados;
las vacas por el día ordeñaremos;
ornaré yo tus sienes
de azucenas y rosas,
y en amantes delicias anegados
de la vida las sendas espinosas
sembraremos de bienes.

Emilia, bella Emilia, ¿qué tardamos?
Huye la vida, y vuela presurosa;
antes que nos sepulte eterno sueño
¡ay! ¿por qué los placeres no gustamos?
Olvidemos la ciencia fastidiosa,
depongamos el ceño,
a Amor sacrifiquemos
y sus dulces deleites ¡ay! gocemos.

IV

A Meléndez Valdés

Desciende, del sagrado
monte, Calíope santa, y las loores
de Batilo me inspira; dí cuál fuera
de los brazos de Baco y los amores
por Temis arrancado;
cuál la Diosa severa
blandir le enseña la amenazadora
espada del delito vengadora.

La espada que tajante
en tu mano, Batilo, al poderoso
opresor amenaza herida y muerte.
Ya pálido el malvado poderoso
vacilar su constante
potencia de tu fuerte

brazo impelida mira, y ya caído
asombro es del tirano aborrecido.

Temis torna a la tierra
y en Celtiberia pone su morada;
por ti, justo Batilo, desde el cielo
a los mortales otra vez bajada;
la codicia, la guerra
sangrienta, ya del suelo
celtíbero huyen lejos, y vencidos
al cielo alzan los monstruos sus bramidos.

Otro tiempo el Tonante
sus rayos encendidos fulminaba
contra el tirano duro y ambicioso;
su fuego abrasador aniquilaba
las puertas de diamante,
y el déspota orgulloso
mientras fiado en la lealtad dormía
de sus guardas, con ellos junto ardía.

Tal el desapiadado
Lycaón, y tal el suegro de Linceo
sufren pena y tormentos inmortales;
que no borran del pálido Leteo
las aguas el pecado,
ni se acaban los males,
antes Alecto del azote armada
cruda castiga la nación malvada.

Mas ora el inocente
opaco bosque, y la floresta amena
de Júpiter airado los rigores
siente, y burla el perverso de la pena
debida a sus horrores,
y el cielo le consiente;
Huyamos ¡ay! las tierras habitadas
de iniquidad y vicios infectadas.

V

A Chabanó

Las humildes mansiones
desaparecen del linaje humano,

y las nubes preñadas
mis plantas huellan: lejos ¡oh profano
vulgo! a ti no son dadas
las sagradas armónicas canciones
oír que Apolo inspira,
no el oír los tonos de la acorde lira.

Rásgase el mortal velo,
que al hombre siempre encubre tenebroso
los sublimes arcanos,
que intenta en vano escudriñar curioso;
y a ti, Chabanó, en manos
de la sabia Minerva, al alto cielo
arrebatao veo,
cual lo fuera en otro tiempo Prometeo.

Las leyes de natura
sublimes y sencillas, ilustrado
con la antorcha Febea
la Diosa ante tus ojos ha mostrado;
cómo una misma sea
la que del monte en la caverna oscura
forma el oro y contiene
los mundos que en sus órbitas retiene.

El oro apetecido,
que guerra y muertes trujo a los mortales
y que escondiera en vano
la tierra en sus entrañas: ya los males,
la codicia, el insano
furor a luz se muestran, del sumido
pozo con él parecen;
inocencia y candor desaparecen.

El mercader las naves
avaro apresta; el Aquilón sañudo
en vano se embravece,
y las olas del mar azota crudo;
el oro que se ofrece
a su esperanza busca y las suaves
playas trueca cuidadoso
por el mar alterado y borrascoso.

No así bajo el reinado
del buen Saturno; que en inalterable
paz el mundo vivía,

y la doncella tímida y amable
su favor concedía
por premio de sus ansias a su amado;
mas ora la riqueza
¡oh mengua! compra y goza la belleza.

VI

A Lícoris

Después de un año entero
Venus ¡ay! no te cansas de abrazarme,
ni tú, Cupido fiero,
con inmortal dolor de atormentarme,
aunque en llanto sumido,
y de pena me tengas consumido.

El congreso sagrado
que en Francia destruyó la tiranía
por otros sea loado,
y del brazo francés la valentía,
que hiende en un instante
del despotismo el muro de diamante.

El pueblo su voz santa
alza, que libertad al aire suena;
el opresor se espanta,
y la copa del duelo bebe llena
que en crueza ceñido
ya hizo apurar al pobre desvalido.

¿Quién podrá dignamente
cantar los manes de Rousseau, clamando
libertad a la gente,
del tirano el alcázar derrocando,
la soberbia humillada,
y la santa virtud al trono alzada?

Que yo en amor ardiendo
sólo a Lícoris canto noche y día,
Lícoris repitiendo
por la montaña y por la selva umbría,
la cítara tocando,
y de mis ansias el ardor templando.

Los besos amorosos
que cogí de su boca regalada,
más dulces, más sabrosos
que la ambrósia por Hebe derramada;
su blanda resistencia
que grata convidaba a más licencia.

Y mis glorias pasadas
canto por siempre ¡ay! ya desaparecidas,
tan por mi mal halladas
y cual tenue vapor desvanecidas.
¡Oh tiempo, cuál volaste,
y en qué dolor sumido me dejaste!

VII

La Revolución Francesa

Suena tu blanda lira,
Aristo, de las Ninfas tan amada,
cuando a Filis suspira,
y en la grata armonía embelesada
la tropa de pastores
escucha los suavísimos amores.

Mientras mi bronco acento
dice del despotismo derrocado
de su sublime asiento,
y con fuertes cadenas aherrojado
el llanto doloroso
al pueblo de la Francia tan gustoso.

Cayeron quebrantados
de calabozos hórridos y oscuros
cerrojos y candados;
yacen por tierra los tremendos muros
terror del ciudadano,
horrible baluarte del tirano.

La libertad del cielo
desciende, y la virtud dura y severa;
huye del francés suelo
el lujo seductor, la lisonjera
corrupción, el desorden;
reinan las leyes con la paz y el orden.

El fanatismo insano
agitando sus sierpes ponzoñosas
vencido clama en vano;
húndese en las regiones espantosas,
y con él es sumida
la intolerancia atroz aborrecida.

Dulce filosofía,
tú los monstruos infames alanzaste;
tu clara luz fue guía
del divino Rousseau, y tú amaestraste
el ingenio eminente
por quien es libre la francesa gente.

Excita al grande ejemplo
tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados
grillos, y que en el templo
de Libertad de hoy más muestren colgados
del pueblo la vileza,
y de los Reyes la brutal fiereza.

VIII

La primavera

¿Ves, hermosa, la fuente que bullendo
el céfiro meneas blandamente?
Amor la agita: mira su corriente
hacia el amado arroyo huir riendo.

Mira volar la abeja susurrante
en torno de las violas olorosas,
y su néctar le ofrecen amorosas,
zagala; que es la flor también amante.

¿No escuchas gorgear los ruiseñores,
de aguda flecha el tierno pecho heridos,
y en melodiosos trinos no aprendidos
explicar sus dulcísimos amores?

¿No ves las palomillas amorosas
exhalar sus arrullos inflamados?
¿Los pichones no ves enamorados
responder en querellas cariñosas?

Todo es amor; la alegre primavera,
al universo nueva vida dando,
naturaleza yerta va inflamando,
que Enero con su escarcha entorpeciera.

Y tú, por más que lo rehuyas dura,
has de rendir a Amor el cuello erguido,
que todo se avasalla ¡ay! a Cupido:
tal es la ley eterna de natura.

IX

El amor rendido

Las pesadas cadenas
del despotismo atroz ufano hollando,
cantemos, lira mía,
el acordado tono al cielo alzando,
la presente alegría
y las pasadas penas;
libertad sacrosanta, tú me inspira;
que sólo libertad suene mi lira.

Mientras fue mi morada
la esclava Hesperia, del rapaz Cupido
la flecha penetrante
de aguda llaga el corazón ha herido;
hoy peto de diamante
a su punta acerada
oponer quiero, y, de firmeza armado,
sus amenazas arrostrar osado.

¡Oh deidad inclemente!
¡Oh Cupido implacable! ¡Oh santo cielo!
¿Qué beldad peregrina
Viene a las Galias del hesperio suelo?
¡Oh belleza divina!
A tus pies reverente
me postro humilde, y ante ti rendido,
Amor, confieso a voces, me ha vencido.

Al duro yugo atado
la cerviz humillada, al fiero en vano
perdón ¡ay Dios! le pido;

que en mis lloros se ceba el inhumano,
y al carro en triunfo uncido,
con el dedo mostrado,
el quebrantado cuerpo puede apenas
arrastrar las gravísimas cadenas.

De mis ojos cansados
huyó por siempre el apacible sueño,
y en perenes raudales
de amargo llanto el porfiado empeño
de mis penosos males
en mi daño obstinados
¡ay! los ha para siempre convertido,
y en quebranto inmortal ¡ay! me ha sumido.

Deidades sacrosantas
que en Olimpo subido hacéis manida,
muévaos mi humilde ruego;
apagad en mi pecho la encendida
llama de amante fuego;
postrado a vuestras plantas,
de vos aguarda un triste este consuelo;
mas ¡ay! que al desdichado es sordo el cielo.

¡Oh deidad sobrehumana!
A ti fue dado, hermosa, solamente
la pasada alegría
tornar ¡ay triste! al corazón doliente;
ablanda, diosa mía,
tu condición tirana;
mira cuál a tus pies ruego amoroso;
di una sola palabra, y soy dichoso.

X

A Carlota Corday

¡Oh pueblo malhadado!
Con mil cadenas tu cerviz altiva
amarrará a su carro la anarquía;
de libertad te priva
el padre de los dioses indignado,
en pena de tu infame cobardía,
hasta que con altares
la diosa que ofendiste aplacares.

De Bruto el alma santa,
rasgando las esferas celestiales,
en ti vino, y tu diestra generosa
de sus armas fatales
a los tiranos, ciñe. ¡Ay! cuál levanta
el vulgo vil al cielo su espantosa
voz por su soberano,
muerto, Carlota, por tu noble mano.

El fragoso camino
es este del Olimpo; el inflexible
Catón y Marco Aurelio por él fueron;
por él siguió el terrible
azote de los reyes, el divino
Rousseau; por él los dioses concedieron
escalar las moradas
a las divinidades reservadas.

Salve, deidad sagrada;
tú del monstruo Sangriento libertaste
la patria; tú vengaste a los humanos;
tú a la Francia enseñaste
cuál usa el alma libre de la espada,
y cuál sabe inmolar a sus tiranos;
tú abriste la carrera,
y en la lid te lanzaste la primera.

De tu pueblo infelice
sé deidad tutelar: ¡Oh! no permitas
que a la infame Montaña rinda el cuello.
Mas ¡ay! que en balde excitas
con tu ejemplo el vil pueblo que maldice
el brazo que le libra. ¡Ay! que tan bello
heroísmo es perdido,
y pesa más el yugo aborrecido.

Que en las negras regiones
las Furias hieran con azote duro
del vil Marat el alma delincuente;
que en el Tártaro oscuro
sufra pena debida a sus acciones,
y del gusano eterno el crudo diente
roa el pecho ponzoñoso,
¿será por eso el pueblo más dichoso?

La libertad perdida
¡ay! mal se cobra; en pos de la anarquía
el despotismo sigue en trono de oro;
su carro triunfal guía
la soberbia opresión; la frente erguida
va la desigualdad, y con desdoro
el pueblo envilecido
tira de su señor al yugo uncido.

¡Oh diosa! los auspicios
funestos, de la Francia ten lejanos;
torne la libertad a nuestro suelo;
así con puras manos
los hombres libres gratos sacrificios
te ofrecerán, Carlota; tú del cielo
donde asistes, clemente
protege siempre la francesa gente.

XI

El canto de Amarilis

Quitad allá las ciencias,
dejadme mis amores.
allá dispute el sabio,
otro piense, y yo goce.
Denme a mí de Amarilis
oír los cantos acordes,
que encienden en mi pecho
mil amantes ardores.

Que Florián a Trigueros
le colme de loores,
que Forner satirice,
y Guarinos elogie;
y que estas necedades
diviertan a la corte,
¿qué a mí, que odio los lauros
de Minerva y Mavorte?

¡Oh, pueda yo beodo
las suavísimas voces
escuchar de Amarilis,
y arder en sus amores!
La vida es deleznable,

veloz el tiempo corre;
pues gocemos placeres,
y evitemos dolores.

¿No ves marchito el prado,
y secas ya las flores?
¿No ves de escarcha y hielos
coronados los montes?
Unas en pos de otras
se van las estaciones;
la juventud con ellas
¡ay! huye y los amores.

Ligero el tiempo vuela;
pues ¡ah! no le malogres.
¿Qué sabes si más vida
te conceden los dioses?
Ya he visto yo los filos
de las tajantes hoces
segar la seca espiga
con las lozanas flores.

Vivamos y gocemos
antes que triste llores
tu engaño, y tu hermosura
la llames y no torne.

ELEGÍAS

I

A Lícoris

Del airado Mavorte la crueza
¡oh! no cantes, mi lira, ni la insana
sed de sangre, el furor y la fiereza.

Mas di de Venus, reina soberana
de Pafos, el poder; di los amores
y de las Gracias la belleza humana.

Canta del dios vendado los loores,
de Cupido certero las doradas
flechas, su blanda risa, y sus favores.

Deja, Cupido santo, las preciadas
aras de Chipre, y en tu fuego ardiente
enciende mis entrañas frías y heladas.

¡Oh mil veces fatal ruego, imprudente
súplica, por mi mal bien acogida!
¡Oh condición de Amor cruda, inclemente!

Baja de Olimpo el pérfido, y fingida
piedad muestra en su rostro y apostura
dulce el falso, y sonrisa fementida.

«Del Betis a la orilla una hermosura
(amarla es tu destino eternamente)
te ofrezco; parte, corre a tu ventura».

Dijo y voló; yo loco en continente
el Manzanares dejo, y desalado
al Betis corro con anhelo ardiente.

Ya no hay más libertad ¡ay! ya aherrojado
Lícoris en durísimas prisiones
me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.

Yo triste los pesados eslabones
arrastro, mientras que tormenta horrible

levantan en mi pecho las pasiones.
Amor en fuego ardiente, inextinguible,
me abrasa sin cesar; jamás la hoguera
aparta, que esquivar me es imposible;

que el crüel me persigue por doquiera,
cual cierva a quien fatal punta acerada
el costado rompió con llaga fiera;

que el monte, el llano corre la cuitada,
el doliente bramido al cielo alzando,
del rabioso dolor siempre aquejada.

Así mi cruda pena va aumentando
la aguda flecha con que Amor me ha herido,
siempre el enfermo pecho lastimando;

la imagen de Licoris, el bruñido

cabello de azabache, la alta frente,
el sonrosado labio, el cuello erguido,

y el hablar, y el reír suavemente
Amor grabó con punta de diamante
en el mezquino corazón doliente.

Mora Licoris en mi pecho amante,
Licoris mora en él; vos amadores,
de Gnido desertad la ara humeante.

Ved cuál la abandonaron los amores
y a Lícoris festivos rodeando
de guirnaldas la ciñen de mil flores.

El sangriento Cupido está aguzando
la inevitable flecha, y falsa risa
va por sus labios pérfidos vagando.

¿Quién de mi dulce bien vio la sonrisa,
y cantar pudo la ambición, la guerra
que los tronos trastorna, rompe y pisa?

Obra de un dios maligno es nuestra tierra;
el duelo la pasea de continuo,
que todo bien lejos de sí destierra.

Y cuando el placer muestra su divino
rostro, nosotros necios le esquivamos,
¡oh del error efeto el más indino!

Que la flor de la vida así pasamos;
la vejez nos señala el tenebroso
ataúd, que en vano tristes evitamos.

Gusta, Lícoris mía, el delicioso
néctar de amor, agora que te es dado
del tiempo del placer nuestro envidioso,
y nunca sin desdicha despreciado.

II

A Amarilis

Soledad deliciosa, bosque umbrío

¡ay, cómo en tu retiro busco en vano
alivio al inmortal quebranto mío!

Me hirió de Amor la poderosa mano,
de Amor la flecha aguda envenenada
que contra mí lanzara el inhumano.

¡Oh mil veces feliz edad dorada
en que fue la ternura y la firmeza
del constante amador siempre premiada!

Agora al rendimiento, a la fineza
se retribuye indiferencia fría,
al obsequio humillado cruel dureza.

¿Qué mal dios en su cólera daría
el siempre infame honor a los mortales,
que tanto de natura los desvía?

Él el pudor nos trajo, él sus fatales
leyes a Amor impuso, y él los bienes
más dulces transformó en acerbos males.

De mi dulce enemiga los desdenes
el acaso los causa, y hace en llanto
mis ojos dos raudales ¡ay! perenes.

Sigue, Amarilis, de Cupido santo
las leyes, del amor sigue el sendero
exento de pesar y de quebranto.

Honor, de la natura comunero,
ejercite en el vulgo su tirana
dominación y su poder severo.

Tú escucha del Amor la soberana
voz, que al deleite agora te convida;
que esta la edad en su verdor lozana.

Huye la primavera de la vida
cual un ligero soplo, un breve instante,
y nunca torna si una vez es ida.

Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante
que agora sólo espira tus amores,
y que esquivas más dura que diamante,

Lejos huirá de ti; de adoradores
la turba que te cerca de contino,
cual brillo suele de caducas flores

tal desaparecerá; que del destino
esta es la ley severa, inexorable;
éste de la hermosura el hado indino.

Tal la purpúrea rosa, que al amable
Céfiro abrió su seno, el soplo airado
del vendaval deshoja, y despreciable
yace y marchita en el florido prado.

III

La ausencia

De la eterna manida del lamento
pálidos habitantes, malhadados
reinos a do jamás cupo el contento,

no; jamás vuestros dioses enojados
tormentos inventaron que igualasen
la ausencia a que me fuerzan ¡ay! los hados.

No plugo al crudo cielo que bañasen
de Adur las ondas mis cenizas hiertas
y plácidos mis manes reposasen.

Yace aquí un amador, yacen sus muertas
esperanzas, el túmulo diría,
su fe constante, y sus finezas ciertas.

Tal vez sobre mi tumba lloraría
ceñido de ciprés un fiel amante
de su ingrata señora la falsía.

Mi sombra en torno del sepulcro errante
sus lloros enjugara, y su quebranto
compadeciera, y su penar constante.

Bella Minerva Aglae, de tu llanto
una lágrima acaso regaría
los huesos de quien vivo te amó tanto.

¡Oh, cuál de tu dolor ufana iría
mi alma a morar en los Elisios prados,
y mi ventura alegre cantaría!

Jamás del dulce Orfeo los acordados
tonos con mis canciones se igualaran;
y fueran otra vez embelesados

del Tártaro los monstruos, y cesaran
las ondas del Leteo su corriente,
y las tremendas Furias se aplacaran.

Mas ¡ay! de ti, mi dulce bien, ausente,
ronca suena mi lira, y triste lloro
vierten mis ojos hechos larga fuente.

Estos mis cantos son: Minerva adoro;
¿dó estás, Minerva Aglae? ¿no me entiendes?
Sólo se escucha el murmurar sonoro

del Sena, y mis sollozos; ¿y no atiendes,
ingrata, a mi dolor? ¿Y yo ando en vano?
¿Y tú mi fuego más y más enciendes?

En esto que de ti me hallo lejano,
Eco responde solo a mis querellas;
yo en llanto amargo me deshago insano.

¿Por qué la Fama, di, pregonas bellas
de este Sena las Ninfas tan preciadas?
¿Junto a Minerva Aglae qué son ellas?

De su hermosura así son eclipsadas,
como del alma Venus la belleza
sus émulas confunde despechadas.

El duro Amor ceñido de cruera
la sigue a todas partes; con halagos
el falso va escondiendo su fiereza.

¡Guarte, mortales tristes! ¡Qué de estragos!
¡Cuántos de letal flecha son heridos!
¡Qué días les prepara Amor aciagos!

Llévate ¡oh deidad cruda! tus mentidos

favores, y tus glorias lisonjeras,
y tórname mis bienes ¡ay! perdidos;
¡Ay! tórname mi alma y paz primeras.

IV

Traducción de Tibulo

(Elegía primera del libro segundo)

Los frutos y los campos consagremos;
únanse vuestras voces a la mía,
y el rito antiguo alegres celebremos.

¡Oh Baco! ¡Oh santo dios de la alegría!
De pámpanos la frente coronada
ven; y tú, madre Ceres, tú le guía.

Repose el labrador y la cansada
tierra en el día solemne, y cuelgue ociosa
la dura reja a la labor usada.

Libres los bueyes sean de la penosa
coyunda, y sueltos pasten, coronados
de adelfa entrambos cuernos y de rosa.

Todos nuestros afanes sean sagrados;
matronas y doncellas en tal día
descansen de la rueca y los hilados.

¡Lejos del ara los que la ambrosia
en la pasada noche habéis gustado
y el néctar de la diosa de Idalía!

Pureza y castidad han agradado
siempre a los dioses; puro sea el vestido;
cada uno en lustral agua sea lavado.

Ved cuál al sacrificio conducido
el cándido escuadrón lleva al cordero,
y de lauro el cabello va ceñido.

Deidades tutelares del Hespero
suelo, a vos la labranza, y labradores
consagro; proteged ¡oh! mi lindero.

Fértil cosecha las frondosas flores
¡oh! no anuncien en vano; la inocente
oveja huya del lobo los furores.

Y el colono feliz, tranquilamente,
viendo sus trojes llenas, descuidado
y alegre al grande fuego se caliente

De rústicos en torno rodeado
los verá en juego levantar contentos
chocillas con el mimbre más delgado.

Mas los dioses escuchan mis acentos;
ved, ved cuál de la víctima el dichoso
aspecto los anuncia al voto atentos.

Del padre Baco el néctar delicioso
traed, y en torno brindemos y bebamos,
ni entre un brindis y otro haya reposo.

Beodos el día festivo celebramos:
¡Oh Baco! honren la fiesta tus furores
santos, y ni caídos nos rindamos.

Mas cantemos del vino en los ardores
el nombre augusto de Mesala ausente,
de yedra coronados y de flores.

¡Oh vencedor de la aquitana gente,
noble Mesala! Tú que honras triunfante
a tu abuelo y remoto descendiente;

tú propicio me inspira, mientras cante
de los agrestes dioses los loores
al compás de la cítara sonante.

Los campos canto, y sus habitantes
celestes, que a trocar nos enseñaron
la bellota en manjares mil mejores.

De palma los primeros levantaron
al labrador la rústica cabaña,
y de agostada hierba la techaron.

Al formidable toro con la maña

astuta sujetaron al arado,
y al bosque confinaron la alimaña.

Entonces la manzana se ha ingertado,
y el seco huerto del humor sediento
en el amigo riego se ha empapado.

También el viñador pisó contento
en el ancho lagar la uva dorada,
cantando a Baco en armonioso acento.

El rico don de Ceres, la tostada
espiga de los campos la cogemos
cuando lanza el León llama abrasada.

Al campo la sabrosa miel debemos,
cuando a la abeja Hiblea sus panales
de agrestes flores fabricar la vemos.

Del rústico trabajo los mortales
fatigados cantaron dulcemente
cantilenas en versos desiguales;

y de la flauta al son plácidamente
celebraron en himnos las deidades
celestes y su brazo omnipotente.

Guió el grosero coro en las edades
de oro, de mosto el labrador teñido,
cantando de Lyeo las bondades.

El cabrito de Baco aborrecido
le dio el pastor en don, que entonces fuera
por el cabrón el ható conducido.

Ornó de agreste flor la cabellera
del lar antiguo el zagalejo ufano,
cuando colora el Mayo la pradera.

Pace la oveja el abundoso llano;
cubre el lomo el vellón, que de contino
de la doncella emplea la tierna mano.

La femenil labor del campo vino,
de do el huso, la rueca y el hilado,
al menos fuerte sexo útil destino.

Alguna que el trabajo ha fatigado
de ti canta, Minerva, las loores;
suena la lanzadera en tanto al lado.

En los amenos campos, entre flores,
entre el galán novillo y el ligero
potro nació también el dios de amores.

Aquí se ejercitó también el fiero
en lanzar el harpón ¡ay! diestramente,
tan penetrable agora, y tan certero.

Y no el ganado, la doncella siente
la cruda herida, y doma el inhumano
la condición del joven más valiente.

El oro desperdicia el mozo insano
por él; de su ingratisima aterido
ronda las puertas el cascado anciano;

y la doncella hermosa sin rüido
las plantas mueve, y frustra la cuidosa
madre que vela con atento oído.

Palpando por la estancia tenebrosa
camina a do la atiende el fiel amante,
y descansa en sus brazos amorosa.

Infeliz el que flecha penetrante
hirió de Amor, y bienaventurado
el que le vio este dios de buen talante.

Ven también a la fiesta, dios vendado;
mas lejos de nosotros ten tu ardiente
saeta; ¡ay! ten lejos el harpón dorado.

Cantad al dios de amor: abiertamente
le invoque cada uno a la majada,
y a su pecho le llame ocultamente,

o a voces el que quiera: ¿ya enredada
no veis la tropa en fuegos amorosos,
y la danza lasciva ya empezada?

Jugad, que los caballos tenebrosos

unce la noche; el escuadrón lucido
de astros ya la siguen silenciosos.

Y en pos viene el Morfeo adormecido,
que las alas batiendo tardamente
espira sueño, y deja en él sumido
el hombre y la alimaña juntamente.

SÁTIRA

I

A Santibáñez

Yo, aquel que la Academia no ha premiado,
ni de Bouillón el bárbaro diarista,
ni el bonazo Guarinos ha elogiado;

cuando me pica soy también coplista,
y enhilo a millaradas consonantes,
cual pudiera el más diestro repentista.

Que del seco Forner no los tajantes
reveses me amendrentan; no el graznido
de la chusma de cuervos discordantes.

¿Y quién a Vaca de Guzmán ha oído
de Clío tañer la trompa sonora,
que el disonante estruendo haya sufrido?

Las Dríades que habitaban en la undosa
margen de Henares, Columbano huyendo,
dejaron su morada deliciosa;

y mientras, en el Tormes con tremendo
desapacible son grazna Berilo,
y huyen las Ninfas el horrible estruendo.

Ninfas que del dulcísimo Batilo
oísteis la suave melodía,
¿dónde hallaréis contra Guerrero asilo?

¿Yo callar? ¿Y Trigueros cantaría
las majas y Larena y la Riada,

con su insulsa y pesada grosería;

y de Iriarte la musa siempre helada
dramas tan regulares y tan fríos
como La señorita mal criada?

Pues ¿quién para escribir no cobra bríos,
viendo que hasta Forner tiene ya fama,
y de Huerta se loan los desvaríos?

No más, que ya la cólera se inflama,
ya la bilis rebosa a borbollones,
y ya brotan mis ojos viva llama.

Deja, amigo, que exhale en mis renglones
la rabia, y más que contra mí vomite
el bando de Forner mil maldiciones;

que no estimo siquiera en un ardite
su estúpida manada de escritores,
por más que alce el ahullido, y que más grite.

¡Desventurado siglo, en que de amores
Casal canta; Moncín y el ignorante
Labiano de comedias son autores!

¿Y no quieres que esgrima la tajante
espada de la mofa y la ironía
contra turba tan necia y tan pedante?

La adulación, la vil lisonja guía
las plumas, y se premian los escritos
que ostentan la más baja villanía.

Los pensamientos nobles son proscritos
antes de ver la luz, y sofocados
de la santa verdad los libres gritos.

Los libros a ministros dedicados
(archivos de vileza y de mentira)
por ellos los autores pensionados.

¿Pues quién esto contempla, y no se aíra?
¿Quién la literatura tan vilmente
la ve humillada, sin enojo ni ira?

Juraron mortal odio eternamente
la ciencia, el desengaño iluminado,
la potencia fiera y insolente.

El libro al poderoso dedicado
no contuvo jamás verdades duras,
que a los que pueden siempre han disgustado.

Derívase de fuentes tan impuras
hoy la ciencia de España, ¿y esperamos
ver sus aguas correr tersas y puras?

¡Oh cuán erradamente caminamos
al templo de la Fama, si siguiendo
de la vil protección las sendas vamos!

Que tal vez la grandeza va tejiendo
la red con beneficios, y cautiva
la ciencia que escapar no puede huyendo.

Busca el saber la libertad, y esquivo
el trato con el rico potentado
que frentes huella con la planta altiva.

Al esclavo el pensar no le fue dado;
Natura al que no hinca la rodilla
al tirano, este don ha reservado.

¿Y de la vil canalla que se humilla
al siervo de sus siervos, la ignorancia
quieres tú que me cause maravilla?

¿Te admira que trasplanten de la Francia
vocablos sin razón, y así amancillen
de nuestro idioma patrio la elegancia?

¿Que por hurten escriban ellos pillen,
Hago el amor, no estoy enamorado,
Y que manden en jefe y no acaudillen?

¿Que escriban en estilo afrancesado
tan confuso que siempre el pensamiento
escurecido queda o embrollado?

Bien merecen entrar también en cuento
los pedantes secuaces del purismo,

que carecen de gusto y sentimiento;

que si Mena no dijo fanatismo
reprueban esta voz, y escrupulosos
buscan en Mariana panteísmo.

Hay escritores fieles, y celosos
observantes de plan y de unidades,
y de reglas que siguen rigurosos;

sujetos siempre a tales mezquindades
hacen versos a estilo de gaceta,
que maldicen del Pindo las deidades.

Cual si pudiera hacer obra perfeta
el autor de La niña mal criada,
en despecho de Apolo hecho poeta;

que por huir de Góngora la hinchada
dicción, escribe trabajosamente
epístolas en prosa mal rimada.

Naturaleza y arte juntamente
si no concurren, por ganar se afana
el nombre de poeta vanamente.

Mas calla ya, mi Musa; que la insana
caterva de ridículos copleros
si quieres extirpar, empresa es vana,
y esgrimen contra ti ya sus aceros.

DISCURSOS

En la abertura de una Sociedad Literaria

(Discurso primero)

¡Mísera humanidad! Las sombras sigue,
y afana por labrarse sus cadenas.
En pos de los honores desalado
el ambicioso corre, que huyen lejos
cuando su mano casi les da alcance.
Entre montones de oro vive hambriento
el macilento avaro, que no toca

jamás los sacos de metal preñados:
Tántalo entre manzanas y agua pura,
que la hambre y sed devoran sus entrañas.

El hombre es infeliz, mientras la amable
filosofía le muestra las veredas
de la felicidad. Sendas trilladas
de pocos, y de pocos conocidas,
de la inmortalidad al sacro templo
la virtud y el saber tan sólo guían.
El virtuoso Sócrates, el santo
inflexible Catón fueron por ellas,
y el que siguió sus huellas dignamente
Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria,
y modelo a los siglos venideros.

Busquemos el saber, y los amores.
Las honras, los caudales y los puestos
ocupen al profano. De Minerva
éste sea, amigos, el sagrado templo.
El sabio, del Olimpo ve tranquilo
el luchar de los vientos, las tormentas,
el Euro batallando con el Noto,
a su soplo agitado el mar insano,
y el naufragar amargo de los tristes
contempla compasivo, que en las ondas
sañudas con dolor el alma exhalan.

Así el mal difundido por la tierra
observaremos siempre: el despotismo
asolar y mandar, la intolerancia
ensangrentar la espada, y escudarse
de la piedad con el broquel sagrado.
Y cuál el fanatismo atroz desnuda
la religión de su sagrada veste,
mientras la inerme diosa pide al cielo
que tan horribles monstruos exterminen,
y la convierta a su esplendor antiguo.

Los derechos del hombre, que ignorados
del hombre mismo fueran tantos siglos,
derechos que atropellan en las Cortes
los déspotas soberbios, los soeces
infames cortesanos, vil canalla
indigna de la vida y luz del día,
tal vez estudiaremos; las sagradas

obligaciones que natura impone,
y que la sociedad y Dios prescriben
ocupación serán de nuestras juntas.

También a veces las amables Musas
nos recrearán de otros estudios serios,
ni negará Terpsícore sus sales
alguna vez, cuando burlar queramos
los fríos Iriartes, los Trigueros
insulsos y pesados, la insufrible
charla de Vaca, y el graznar contino
de la caterva estúpida, que infecta
de dramas nuestro bárbaro teatro.
Apolo templará su acorde lira
cuando de Jovellanos y Batilo,
del dulce Moratín y Santivañes
los loores cantemos, por quien alzan
su voz las patrias Musas, que yacieran
en sueño profundísimo sumidas.

¡Oh cuánto la amistad, y de la gloria
sagrado ardor me inflama! ¡Oh, cómo espero
recorrer la carrera denodado
que a mi vista se ofrece! Ciencias, artes,
todo con vuestro auxilio se me allana,
que a la constante aplicación, al tiempo,
y a la amistad juiciosa y ilustrada
ningún conocimiento se resiste.

Cuando el viejo Saturno fue arrojado
por Jove de su reino, que con leyes
tan iguales y justas gobernara,
el bien y la virtud huyeron lejos
del malhadado mundo, y alanzada
la amistad fue con ellos juntamente.
La vil esclavitud cubrió la tierra,
la ensangrentó la guerra; el perdurable
duelo la consumió y el llanto eterno.

Ya caminaba a pasos de gigante
la humanidad al término postrero,
cuando a la tierra torna compasiva
la afligida amistad; el llanto enjuga
al triste, y le consuela en sus miserias;
lamenta las desdichas, indulgente
perdona los defectos y, las culpas

de la naturaleza inseparables
en el frágil mortal; suave aligera
el peso insoportable de la vida.
Ella aquí nos ha unido: sus favores
¡oh! no desperdiciemos; merezcamos
gozar eternamente sus delicias.
Virtud y humanidad fueron sus padres:
amemos la virtud, y tiernamente
amémonos también, sin que los odios,
los celos, las disputas literarias,
fuentes de tan crüeles enemigas,
nuestra fiel amistad jamás alteren.

EPÍSTOLAS

I

A Emilia

Bella Emilia, perdón; yo te lo ruego
por tu belleza; ¡ah cielos! ¡mi osadía
cuánta disculpa tuvo! ¿Dó se halla
aquel que a tu hermosura indiferente
sin amarte te mira? ¿Quién tu dulce,
tu suave elocuencia escuchar pudo
sin la emoción más viva? ¿Y yo cuitado,
yo solo ¡ay triste! sentiré tus iras?
¿Te aplacas, bella Emilia? ¿Me perdonas?
A un eterno silencio me condeno;
no más de amor hablarte; no fue dado
a mí, mortal, la dicha soberana.

Seamos amigos, adorable Emilia;
si de amor no soy digno, podré al menos
serlo de la amistad: sencillo, franco,
jamás la vil lisonja, la mentira
infame mi conducta han afeado.
¡Mi corazón sensible cuántas veces
en lágrimas se exhala en las desdichas
de mis amigos! ¡Las perfidias bajas,
las mentidas caricias, las lisonjas
envenenadas, la insultante mofa
de los que fingen serlo, cuánto acíbar
sobre mi triste vida han derramado!

Almas villanas, yo lo he merecido;
ingratos, yo os he amado; esto es bastante.
¡Ay! pasemos en blanco mis desdichas.
De mis falsos amigos las injurias
atroces, las envidias, los crueles
encarnizados odios olvidemos.
Seamos amigos, vuelvo a repetirlo,
de la santa amistad, y de las ciencias
al sagrario acogidos, los profanos
asestarán en balde sus saetas
contra nosotros. Ora, la balanza,
y el compás de Neutón en nuestra mano
teniendo, aquel cometa seguiremos
en su alongada elipse. Ora a Saturno,
y a Júpiter pesando las distancias
de Marte a nuestra tierra mediremos,
o bien por el calor de nuestro globo
su edad sabremos. Ora calculando,
el infinito mismo, que no es dado
al hombre conocer, numeraremos.
Otras veces, la historia recorriendo,
teatro vasto de horrores y miserias,
la suerte lamentable de la débil
humanidad, del despotismo injusto,
de la superstición, del falso celo
siempre oprimida compadeceremos.
O bien hasta el Eterno nuestras almas
por grados elevando, nuestras manos
puras de iniquidad levantaremos
a la extensión inmensa, do el muy alto
habita todo en todo; en respetoso,
en profundo silencio el bello orden,
la perfección que reina en el gran todo
absortos admirando, y en tranquila
paz el último día aguardaremos,
do el alma nuestra libre de cadenas,
de Marco Aurelio y Sócrates al lado,
en la contemplación del universo
gozará de placeres inefables.

II

A mi amigo Lanz

¡Oh dulce Lanz! Mi juventud lozana

ya para siempre huyó, cual agostada
rosa, que brilla sólo una mañana.

Cerca está ya de mí la fatigada
corva vejez, de muerte precursora,
de achaques y quebrantos rodeada.

¿Dó estás, oh juventud? ¿Dónde está agora
de aquel semblante mío la frescura?
¿Dónde del claro Tormes la pastora

que del cáliz de amor ¡ay! la dulzura
me dio a gustar? Mi luz es eclipsada;
ya sepultado ¡ay! yago en noche oscura.

Pronto la férrea Parca no aplacada
irresistible va a precipitarme
en el voraz abismo de la nada.

Dulce esperanza ¡oh! ven a consolarme:
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
¿Quien me dio el ser no puede conservarme

mas allá de la tumba? ¿Está ceñida
a este bajo planeta su potencia?
¿El inmenso poder hay quien le mida?

¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?
Yo existo; ¿dónde iré? ¿de dó he venido?
¿Por qué el crimen repugna a mi conciencia?

Si de toda moral la norma ha sido
nuestro propio interés, ¿por qué en la historia
siempre el perverso vive aborrecido?

¿Me es de Nerón odiosa la memoria
porque temo morir de sus crueldades
víctima? ¿Qué interés tengo en la gloria

de Foción? ¿Qué me importan las maldades
del infame Tiberio? ¿De Trajano
qué bien hacerme pueden las bondades?

No calumniemos el linaje humano:
el malo a las ideas generosas
un vil origen atribuye en vano.

No, Lanz: de las acciones virtuosas
estímulo es la noble simpatía;
El egoísmo vil de las viciosas.

De Helvecio errada la filosofía
convence en esta parte la conciencia,
que es de nuestra razón la mejor guía.

Vano fuera alegarnos la experiencia,
que sólo enseñar puede lo que ha sido;
quien lo que debe ser dice es la ciencia.

Tiranos y impostores se han unido
para ahogar la virtud, y yo me admiro
que sus esfuerzos más no hayan podido.

En todas partes la violencia miro
sobre el trono sentada, y exhalando
la libertad el último suspiro.

Del despotismo el horroroso bando;
la vil superstición, la intolerancia
la sanguinosa espada blandiendo;

la feroz anarquía que la Francia
corre, y tala y asuela; cual abrasa
celestes rayos la suntuosa estancia

de reyes, junto con la humilde casa
del pobre labrador, y vuela ardiente,
consumiéndolo todo por do pasa.

¿Qué haces? ¿Dó te despeñas, imprudente
pueblo? ¿La libertad sin moral quieres?
¿Qué Dios te sopla este furor demente?

¿Piensas, atropellando tus deberes,
que más sean tus derechos respetados?
¡De cuán fatal error víctima eres!

Así es; los pueblos desmoralizados
hoy sus cadenas rompen, y otro día
se forjan grillos mucho más pesados.

De la ignorancia siempre la anarquía

ha sido inseparable compañera,
como la libertad lo es de Sofía.

Mas todos los delitos que esta fiera
comete, culpa son del despotismo,
en cuyo horrible seno ella naciera.

Así en Milton los monstruos del abismo
devoran con rabioso ávido diente
de quien les diera el ser el seno mismo.

¡Ah! sepamos temprar hasta la ardiente
ansia del bien; el hombre es perfectible,
pero se perfecciona lentamente.

¿El efecto fatal de la terrible
revolución francesa cuál ha sido?
La guerra general, un lujo horrible,

el orbe por dos pueblos oprimido,
repúblicas y reinos devorados,
de Europa el equilibrio destruido;

de la filosofía los sagrados
principios por la chusma de escritores
con descaró increíble calumniados;

de cuanto del delirio en los furoros
un populacho vil ejecutara,
culpados los más célebres autores.

El amor del trabajo, do cifrara
sus virtudes la clase laboriosa,
ora la sed del mando reemplazara.

Donde los proletarios su horrorosa
dominación ejercen, ¿la anarquía
qué vínculo social disolver no osa?

En el abismo de la tiranía
al pueblo precipita la licencia,
que por sus falsas máximas se guía.

Así el Vesubio lanza con violencia
de sus entrañas rocas inflamadas,
de la atracción venciendo la potencia.

Mas luego por su peso arrebatadas
caen, y abrasan los campos convecinos,
y sepultan ciudades desoladas.

Tal un pueblo empeora sus destinos,
cuando se entrega a locas sugerencias
de demagogos de alentar indios.

Con las horribles exageraciones
de la revolución el despotismo
perpetuamente asusta a las naciones.

Como si el más absurdo fanatismo
de un vulgo vil fuera razón bastante
para que en un profundo parasismo

los pueblos se durmiesen, y triunfante
de los, esfuerzos de animosos pechos
la soberbia opresión fuera arrogante.

El hombre jamás pierde sus derechos;
cobrar la libertad es siempre justo;
rompamos nuestros grillos; que deshechos

al suelo caigan, y que pongan susto,
cayendo, a los tiranos macilentos
que nos oprimen con su cetro injusto.

Sofisma es confundir con los violentos
furores de la plebe arrebatada
de una nación los grandes movimientos.

Cuando la propiedad es respetada,
cuando la humanidad al pueblo guía,
cuando toda opinión es tolerada,

¿puede nacer acaso la anarquía
de una revolución sólo funesta
a los fautores de la tiranía?

Nueva lógica, amado Lanz, es ésta,
olvidar la violencia perdurable
del déspota, y la furia descompuesta

alegar de la plebe, cuya instable

cólera se apacigua en un momento,
como las olas de la mar mudable.

Más de tres siglos hace que el sangriento
infame tribunal del Santo Oficio
oprime a España con furor violento.

Y dos años, no más, el ejercicio
fatal de la anarquía duró en Francia;
¿cuál causa de los dos más perjuicio?

¿La riqueza, el comercio, la abundancia
de cuál de los dos pueblos han huido?
¿Dó esta el saber, y dónde la ignorancia?

Tal la revolución francesa ha sido
cual tormenta que asuela las campañas,
los frutos arrastrando del ejido.

Empero el despotismo las entrañas
deseca de la tierra donde habita;
cual el volcán que vive en las montañas,

y con perpetuo movimiento agita
el suelo, que su lava esteriliza,
y, cuanto más destruye, más se irrita.

La esclavitud es quien desmoraliza
los pueblos, quien sofoca los talentos,
y quien toda virtud inutiliza.

Ni tampoco están libres de violentos
vaivenes las naciones más esclavas,
y de internos terribles movimientos.

Cual mugen del Océano las bravas
olas, cuando la tierra se estremece,
y la mar rompe sus ferradas trabas;

un pueblo esclavo, cuando se embravece,
con sus cadenas se arma, y desbocado,
ningún delito en su furor le empece.

Contemplemos el suelo malhadado
de la Persia infeliz, de la Turquía,
por un dueño absoluto dominado.

Las discordias civiles, la anarquía
son siempre inseparables compañeras
del despotismo, y de la tiranía.

Y de consuno las monstruosas fieras
sangre beben, de sangre se alimentan,
y las naciones devorando enteras,
con llanto y sangre se sustentan.

SILVAS

I

A cuatro hermanas

La villana avaricia, el insaciable
amor del mando y del poder supremo
las bajas tierras oprimido habían;
abrumados gemían
los hombres bajo el cetro intolerable,
y del dolor en el violento extremo
los dioses invocaban,
que sordos a sus ruegos se mostraban.

Amor, tú consolaste
la humanidad; tú su deshecho llanto
piadoso le enjugaste,
trocando en alegría su quebranto.
Tú las cuatro Beldades
formaste a hermosear mi patrio suelo;
la belleza les diste de deidades
moradoras del Cielo.

Por ellas ha tornado,
por ellas el placer al mundo; humean
por ellas los altares,
do sacrifica el pueblo enamorado
en el templo de Amor, y de cantares
amantes la armonía
hinche el templo de dulce melodía.

¿El poder, la riqueza,
qué valen comparados

con el placer que ofrece la belleza?
Que los mortales son más desdichados
cuanto más de natura desviados.
Apolo: si otro tiempo penetrante
flecha de amor te hirió, si la inhumana

Dafne adoraste en vano, si en pos de ella
montes y valles recorriste amante,
en vano reprehendiéndote Diana,
templa para cantar ninfa más bella
la cítara dorada,
derrama en mis cantares tal dulzura,
que la suprema gracia y la hermosura
sea en ellos dignamente celebrada.

Canta tú los sencillos
juguetes, los placeres inocentes
que a la bella Francisca la ocupaban
en su primera edad. Mil amorcillos
ya entonces preparaban
el sonante carcaj y flecha ardiente.

¡Oh tiempo! ¿Dónde por mi mal te has ido?
Dulce satisfacción de la inocencia,
¡ay! cuán más deliciosa que el mentido
placer del mundo y que la falsa ciencia!

Canta de Madalena la belleza;
las gracias de la hermosa Catalina,
de Alcinda la viveza,
el sabroso reír, la habla divina,
y su mirar que el pecho de diamante
torna de blanda cera en un instante.

Diosa de los amores,
¡oh Venus! si ser quieres festejada
del bando de amadores,
pon aquí tu morada,
aquí do está aguzando eternamente
Amor sangriento la saeta ardiente.

Y yo desesperado
de pintar tal belleza
doy fin al tosco canto,
que nunca fue a mi humilde Musa dado
elevarse a la alteza

que pide Apolo para empeño tanto.

SONETOS

I

A una dama que cenó con el autor

Dase Dios por manjar a su escogido
pueblo en la pascual cena misteriosa;
Cristo es comida y mesa deliciosa
del hombre de amor tanto confundido.

Jesús asiste en gloria y prez ceñido
eternamente con su amada Esposa;
¡de amor omnipotente portentosa
hazaña! En tierra mora, al Cielo es ido.

Tú que por diosa adora el alma mía,
bellísima Amarilis, a ti es dado
hacer tan gran milagro nuevamente.

Cristo se ha dado a sí en la Eucaristía:
¡ay! tú date a mi pecho enamorado,
y vivirás en él eternamente.

II

El sueño engañoso

Al tiempo que los hombres y animales
en hondo sueño yacen sepultados,
soñé ante mí los pueblos ver postrados
alzarme rey de todos los mortales.

Rendí el cetro a las plantas celestiales
de Alcinda, y mis suspiros inflamados
benignamente fueron escuchados;
me envidiaron los dioses inmortales.

Huyó lejos el sueño, mas no huyeron
las memorias con él de mi ventura,
la triste imagen de mi bien fingido.

El mando y el poder desaparecieron.
¡Oh de un desventurado suerte dura!
Amor quedó, mas lo demás es ido.

VERSOS SUELTOS

I

Mortal, débil mortal, tal es tu suerte;
los placeres más dulces nos fastidian;
Venus, la diosa Venus, que hermosea
la tierra que vivimos, y las flores
a manos llenas sobre el hombre esparce;
Venus, sagrada diosa, sus delicias
niega al mortal profano y corrompido,
que en un serrallo obscuro impenetrable
de eunucos y de esclavos rodeado
del dulce amor ignora los delirios.
¡Cuántas veces, amigo, cuántas veces
de amor en los placeres anegado
en ardientes suspiros el sensible,
el inflamado corazón se exhala
en brazos de mi Doris! ¡Cuántas veces
sus lágrimas mis besos enjugaron!
Y cuando Amor nos dio su dulce néctar...
nuestros sentidos todos embriagados
en deleites divinos, nuestra alma
gustó la dicha y el placer supremo.

II

Así cuando el alcázar del Olimpo,
el soberbio Mimante y los Titanes,
hórridos hijos de la dura tierra,
escalar intentaron, y de Atlante
el grave Pelión agobió el hombro;
cuando cien lanzas blandió Briareo,
de Encélado la mano poderosa,
arranca sierras y montañas lanza
contra el sagrado cielo, y ni el tremendo
rayo que Jove por los aires vibra
no le amedrenta, ni el feroz bramido

del Noto por Eolo desatado,
ni las olas que heridas del tridente
de Neptuno las tierras anegaban;
no el reluciente casco de Mavorte,
no le asustan de Apolo las saetas;
de Apolo que a la sierpe en otro tiempo
traspasó el cuerpo duro con mil flechas,
y en angustia rabiosa exhaló el alma
en negra podre y en veneno envuelta.
Tres veces tiembla la morada augusta
de las deidades: Venus y las Gracias
a lo último del cielo huyen medrosas;
las otras diosas siguen: los amores
se acogen a sus brazos, o en sus senos
se esconden, temerosos del peligro.

III

La coronación se acerca
y mi pobre Musa helada
no pica de profetisa,
ni al rey vaticina hazañas.
En vano el frío Iriarte
sus insulsas coplas grazna,
y en lenguaje de Gaceta
a Carlos y Luisa canta.
¿Qué me importa que Forner
alce su tremenda vara,
y en duros y malos versos
haga por elogios sátiras?
¿Que el escritor cinco letras
acatamiento le haga,
qué a mí? ¿Fui yo por ventura
el autor de la Riada?
Por más que el necio Berilo
las ninfas de Salamanca
las atruene con sus cantos
sin armonía ni gracia,
mi Musa en profundo sueño
y en vil ocio sepultada
a Moratín y a Batilo
no envidia lauro y guirnaldas.

EPIGRAMAS

I

Sobre la traducción de la muerte de César

Ayer en una fonda disputaban
de la chusma que dramas escribía,
cuál entre todos el peor sería;
unos Moncín, Comella otros gritaban.
El más malo de todos, uno dijo,
es Volter traducido por Urquijo.

II

Sobre la crítica de esta traducción por un italiano

¡Sagacidad de crítico estupenda!
El que la impugnación de Urquijo lea
de su obra formará cabal idea
aunque una letra de español no entienda.
Basta saber que escribe en castellano
como su impugnador en italiano.

ROMANCES

I

En la profesión de una monja

Desciende del alto Cielo,
devoción alma; mi lengua
mueve porque cante digna
del muy alto la grandeza;
del gran Dios que los espacios
tenebrosos de la inmensa
extensión sembró de soles,
y del caos la noche eterna
llenó de luciente día,
y no del hombre desdeña
la virtud, que al justo ofrece
inefable recompensa;

cuando de Dios en el seno,
disipadas las tinieblas
mortales, absorto admire
de los seres la cadena;
el orden, las inefables
leyes, con que los planetas
rechazados y atraídos
corren órbitas inmensas.
¡Oh cuán bienaventurada
la que huyendo las riquezas,
y deleites mundanales,
que nunca el corazón llenan,
Dios, el hombre y la natura
lejos del mundo contempla,
del fanatismo enemiga,
y de la impía licencia!
No víctima del capricho
paternal llora en la celda
su amarga soledad triste,
su forzada continencia.
Mas al Eterno elevando
manos limpias de impureza,
de sus loores el incienso
grato al Altísimo llega.
¿Por qué la tajante espada
de Temis no se ensangrienta
contra el padre, que tirano
de sus hijas las condena
a una reclusión forzada,
do entre lamentos y penas
inmortales le maldicen,
y detestan la existencia?
¿Y Tú, eterno Dios, tus rayos
para cuándo los reservas,
si tu religión sagrada
es velo de la violencia?
No así tú, que despreciando
los halagos, la ternura
materna, a Dios te consagras,
en manos de Dios te entregas.
Guarda atenta su ley santa;
la superstición destierra,
que torna en mezquina y baja
de Dios la sublime idea.
Ama a los hombres; el claustro
no de esta ley te dispensa,

la más antigua y más santa
que dictó naturaleza;
con paciencia los defectos
de tus hermanas tolera;
la intolerancia aborrece
Dios más que nada en la tierra.
¡Oh Dios de misericordia!
Derramadla a manos llenas
sobre la que se consagra
por virgen y esposa vuestra.

II

El amor desdichado

Del Océano irritado
en las arenosas playas
que con Bayona confinan
un infeliz paseaba.
Desatados Euro y Noto
hasta los cielos levantan
las olas del mar airado,
y la deshecha borrasca
al mísero marinero
nafragio y muerte amenaza.
Lejos el llanto se escucha
de una hermosa que, abrazada
de su amante, al sordo cielo
¡ay! en balde piedad clama.
Luchando van con los vientos
en una delgada tabla,
cuando un fiero torbellino
los sepulta entre las aguas.
El Aquilón poderoso
los altos fresnos arranca;
uno y otro polo truena,
y las vecinas montañas
por las lóbregas cavernas
el eco horrendo dilatan.
Un corderillo azorado
dolientes balidos lanza;
por hallar su madre anhela,
y un lobo hambriento le asalta.
Horror y duelos respira
Naturaleza enlutada;

el pastor en ayes tristes
así sus penas lloraba:
«Desdenes, amor y celos
mi corazón despedazan;
mi llanto mueve las fieras
¡y tu pecho no apíada!
¡Oh! plega al Amor un día
que tu condición tirana
rendida a un joven altivo
ruegue sin ser escuchada.
Sumido en amargo lloro
la Aurora ¡ay triste! me halla;
tiende su manto la noche,
y mi dolor no se calma.
Anoche en ajenos brazos
vi tu imagen adorada
en sueños. ¡Cielos! la muerte
antes que tan crudas ansias.
¿Por qué hicisteis mi enemiga
tan bella y tan inhumana?
Róbale, Amor, su hermosura,
o su crudo pecho ablanda.
Divino Amor, si mi vida
en su aurora consagrada
fue a ti, si mis dulces versos
tal vez en lágrimas bañan
los sensibles corazones;
¡ay! amansa de una ingrata
la empedernida cruera,
y mi dolor crudo aplaca».
De la insensible Dorisa
así un pastor se quejaba,
y las compasivas Ninfas
lamentan sus tristes ansias;
mas de la ingrata pastora
jamás el desdén se ablanda.

SEGUIDILLAS

Primeras

A una dama

Ven, Musa chocarrera,

sopla benigna,
inspírame unas coplas
de seguidillas.
Ven sin tardanza,
y mira que una hermosa
ha de escucharnos.

Que de las avarientas
el oro es cebo,
pero de las hermosas
el dulce verso;
que el pecho altivo
rinde y en llama torna
el hielo frío.

Mas no; tú, rapaz, hijo
de Venus bella,
dicta tú loores dignos
de tal belleza;
que las beldades
celebrar dignamente
sólo Amor sabe.

Dinos tú cuál hechiza
si canta o toca,
y cuál calle, ría, o hable
siempre enamora;
y cuál pendiente
mil amadores de ella
el alma tienen.

No así entre las estrellas
brilla el lucero,
como entre mil preciosas
su rostro bello,
y el cuello erguido
del duro yugo exento
del cruel Cupido.

Y el seno palpitante
do Amor anida,
do sus flechas asesta
que nadie evita,
cesad, cantares;
pues Amor la ha formado,
que él la retrate.

HEROIDAS

I

Enone a Paris

(Traducción de Ovidio)

¡Ah! si tu nuevo dueño te consiente
las cláusulas leer de ajena mano,
lee las querellas de mi amor ardiente.

Tus mortales ofensas, inhumano,
Enone en estas selvas celebrada,
tuya, si tú lo sufres, llora en vano.

¿Qué deidad con nosotros enojada
se opone a nuestro amor? Para perderte
¿en qué, mísera, pude ser culpada?

¡Ay! culpada sufrir mi cruda suerte
mejor supiera; un pecho delincuente
firme resiste a su dolor y fuerte.

Tu nombre, ilustre agora y eminente,
oscuro fue cuando te dio la mano
Enone, hija del claro Simoente.

Paris, agora príncipe troyano,
esclavo era; yo ninfa; a hacer mi esposo
de un siervo me forzó el amor tirano.

Al abrigo de un álamo frondoso,
tendidos sobre el muelle y verde lecho,
el ganado nos vio tomar reposo.

Tal vez cubiertos del pajizo techo,
de la inclemente nieve defendidos,
yacimos juntos ¡ay! en lazo estrecho.

¿Quién te indicó las peñas do escondidos
sus cachorros dejar suele la fiera,
do se acogen los corzos perseguidos?

De tus afanes grata compañera,
yo las redes manchadas ya tendía,
los perros ya animaba en la carrera.

El plátano frondoso, la haya umbría
muestran en sus cortezas estampado
mi nombre, que tu amor grabara un día.

Y crece con el árbol levantado
el celebrado nombre; el amor mío
¡oh! con él sea a las nubes elevado.

Está plantado un álamo sombrío,
a do escribieras tú tu ardor amante,
a las frescas orillas de este río.

¡Oh! vive eterno tú, do el inconstante
grabó este verso en tu corteza dura,
jurando por los dioses ser constante.

«Antes corriendo contra su natura
de Xanto la onda tornará a sus fuentes,
que vivir pueda yo sin tu hermosura».

Tornad donde nacisteis, ¡oh corrientes
de Xanto! presurosas; apagados
yacen fuegos un tiempo tan ardientes.

Infaustos a mi amor ¡ay! son los hados:
desde el aciago día que la diosa
Juno y Palas guerrera, desechados

los decentes arreos, y la hermosa
Venus desnuda su árbitro te hicieron,
a calmar comenzó tu ansia amorosa.

Mis miembros de temor se entorpecieron,
y corrió por mis huesos un frío hielo,
cuando tales prodigios se dijeron.

Los ancianos peritos en el vuelo
de las aves consulto amedrentada;
todos me anuncian enojado el cielo.

Por el hacha tajante derribada

cae la haya en tierra y sesga con ligeras
velas la mar, en nave transformada.

Antes que «A Dios te queda» me dijeras
lloraste: ¡ay! ¡cuánto fue tu llanto honroso,
si este nuevo amor torpe consideras!

Lloraste, y lloré yo, y el abundoso
llanto por nuestros rostros confundido,
de ambos los pechos anegó copioso.

Cual olmo a la amorosa vid asido
abrazada la tiene estrechamente,
tal a tus brazos fue mi cuello unido.

Tus excusas burló toda tu gente
viendo acusar de tu tardanza al viento,
cuando soplaba más propiciamente.

¡Ah! ¡con cuán doloroso y triste acento
«Queda a Dios» me dijiste, y amoroso
en mi boca exhalaste tu lamento!

Corren las naves por el mar undoso,
hienden los remos las espumas canas,
las velas hinche el Euro poderoso.

A las olas se mezclan ¡ay! mis vanas
lágrimas, y del mar en las llanuras
miro correr las naos ya lejanas.

Entonces con fervientes preces puras
tu pronta vuelta a las Nereidas ruego;
tu vuelta, causa de mis penas duras.

¡Mis votos te trajeron, y otro fuego
te inflama, ingrato! ¡Por tu nueva esposa
fatigó ¡ay! los altares mi amor ciego!

Ya se avista la armada en la anchurosa
mar, que cual la montaña levantada,
tal resiste a su furia procelosa.

No bien tu nave veo, desalada,
a lanzarme en tus brazos anhelando,
correr intento por la onda salada.

En esto, desdichada, veo temblando
purpurados arreos, de ti ajenos,
en lo alto de la proa tremolando.

Ya surcados del mar los vastos senos
ancla en tierra la nave: absorta miro
otra mujer; ¡ay! ¿qué esperaba menos?

Ni basta a mi dolor; ¡ay! no respiro
de saña, cuando veo que amoroso
en su boca exhalabas un suspiro.

Despedazando entonces el rabioso
pecho, furiosa mis cabellos meso,
y tiño en sangre el rostro doloroso.

Mis penas, triste, de llorar no ceso;
Ida escuchó mil veces mi querella,
que de mis males ¡ay! no alivia el peso.

Así el penar que causa esa tu bella
sienta un día de su amante abandonada
y acuse en balde su fatal estrella.

Ora, ingrato, te sigue la robada
amiga al casto lecho de su esposo,
sin temer riesgos de la mar airada.

Mas ¡ay! cuando pastor menesteroso
de tu señor guardabas el ganado,
sólo a Enone el ser tuya fue glorioso.

No admiro tu opulencia, no el dorado
alcázar, ni de Príamo ser la nuera
anhelo; sólo a ser tuya he aspirado.

No porque de una ninfa a Príamo fuera,
aunque rey, la alianza ignominiosa,
y Héctor gloriarse de ella no pudiera.

Si aspiro a ser de un príncipe la esposa,
bien sienta una diadema en mi cabeza,
ni indigna soy de suerte tan gloriosa.

Del tálamo dorado la riqueza

mejor me está que del humilde lecho
de secas hojas de haya la pobreza.

No amenazan mil riesgos a tu pecho
por mi amor, ni las naos de Mycena
vengarán el insulto a su rey hecho.

Esta dote consigo trae Helena;
la guerra enciende, Menelao furioso
tu adúltera reclama a Troya ajena.

Si de restituirla estás dudoso,
consulta al invencible Héctor tu hermano,
o pregunta a Deífobo juicioso;

al sabio Anténor y a tu padre anciano,
que la edad enseñara a ser prudente,
que los dos te darán consejo sano.

Mal la carrera empiezas, torpemente
tu patria a tu pasión sacrificando;
Grecia es justa; tu amor es impudente.

¡Necio! en Helena vives, confiando
que con tal veleidad de ti prendada
constante sea su nuevo amante amando.

Cual llora Menelao la violada
fe del conyugal lecho, y su pureza
por extranjera huella amancillada,

así tú llorarás; que la limpieza
del pudor ¡ay! se mancha una vez sola,
ni lava arte ninguna la impureza.

Arde en tu amante llama agora; viola
Menelao un tiempo de su amor perdida;
ora la fe de esposa infiel viola.

¡Andrómaca feliz, que a Héctor unida
goza de casto amor suaves contentos!
Tan dulce debió, ingrato, ser mi vida.

Ligero, cual las hojas de los vientos
juguete, que a las nubes van alzadas,
volando en torbellinos turbulentos;

y como las aristas abrasadas
en el Agosto por el sol ardiente
que por los aires corren exhaladas.

¡Ay! del estro profético la mente
Casandra llena, me predijo un día
los crudos males que ora mi alma siente.

«¿Qué haces, mísera Enone?» me decía,
«Necia, que de la mar aras la orilla,
y siembras ¡ay! en vano la ola fría.

»Viene novilla griega (¡oh vil mancilla!)
a ti, a la regia stirpe, y el troyano
suelo viene a perder griega novilla.

»Sumid ¡oh dioses! en el mar insano
la torpe nave; en sangre va teñido
por esta nave el Helesponto cano».

Del fatídico ardor el pecho herido
así habló; los cabellos en mi frente
se erizan, el fatal anuncio oído.

¡Mísera! mis desdichas ciertamente
predijiste; novilla más dichosa
pace en mis pastos ¡ay! tranquilamente.

Cierto adúltera ha sido, aunque es hermosa;
prendada del amor de un extranjero,
abandonar sus dioses patrios osa.

Ni fuiste tú su robador primero;
ya un Teseo de su patria la arrancara,
si fue Teseo su nombre verdadero.

¿Crees que a su padre intacta la tornara
joven y amante? Si quién me dijera
esto ignoras, Amor me lo enseñara.

Di, si quieres: violencia fue extranjera,
y cела así la culpa cometida;
si fue robada, al rapto causa diera.

Enone la fe guarda prometida,

y no sigue el ejemplo que le has dado,
infidel, aunque por ti tan ofendida.

Los Satiros lascivos me han amado,
yo en los espesos bosques me escondía,
y en vano por hallarme han anhelado.

Y al Fauno que los cuernos se ceıa
del verde pino que en el Ida crece
en amor inflam la beldad mía.

Y el fundador de Troya, el que merece
la palma de la cítara y del canto,
con las primicias mías se ensoberbece.

Ni sin violencia las llevara tanto
Dios, que en reñida lucha le arrancara
el cabello, anegada en triste llanto.

Y no el metal precioso, ni la rara
esmeralda me dio, que torpemente
el oro compra la beldad avara.

El dios el arte médica eminente
me ensen y sus secretos misteriosos
que los males alivian del doliente;

las hierbas saludables, los preciosos
aromas que produce la natura,
y sanan los dolores más penosos.

Mısera! que de amor la llaga dura
ni la remedian hierbas saludables,
ni toda mi arte médica la cura.

Herido de sus flechas penetrables
su autor paci de Admeto la vacada
y sintió los tormentos incurables.

La salud que tornarme no fue dada
a planta alguna, oh numen poderoso,
t sólo puedes darme malhadada!

Ten, ingrato, piedad de un amoroso
pecho, que no tineran, no, mis manos
en frigia sangre el Xanto caudaloso.

Tuya, crudo, en los años más lozanos
de su primera edad Enone ha sido,
y si mis blandos ruegos no son vanos
siempre conmigo vivirás, conmigo.

II

Heloísa a Abaelardo

Sepulturas horribles, tumbas frías,
también Amor persigue entre vosotras
al mísero mortal, que su saeta
no evita ni entre lóbregos sepulcros.
La letra es de Abaelardo; letra cara,
que el ojo amortiguado inunda en llanto,
y el labio sella con amargo beso
¡ay! dulce un tiempo, cuando Dios quería.

Lejos de ti, mi dulce amor, y lejos
del mundo y del placer, eterno lloro
¡mísera! me consume; en él sumida
me halla la Aurora, en él la oscura noche.
Huye de mí el descanso; horribles sombras
mi sueño cercan de temor helado.
Terrible Dios, ¿son estos tus consuelos,
tu gracia, tus auxilios eficaces?
¡Oh vanos nombres que pronuncia el vulgo,
que así cual se disipa el humo al viento,
tal desvanece el duelo y la desgracia!

Vuelve, Abaelardo, a mí, vuelve; en tus brazos
el placer gustaré que me promete
la Religión, mientras la amarga copa
me da a apurar de acíbar y veneno.
De los verdugos el cuchillo infame
no te ha quitado todo, no; tus gracias,
el hablar apacible, la sonrisa,
la hechicera elocuencia, el amor mío,
todo tienes aún; ¿crüel, lo dudas?
Ven, descansa en mis brazos; mis caricias,
mis halagos, mis besos encendidos
te lo confirmarán; supersticiosos
terrores no te asombren; el Eterno
grabó de la virtud el indeleble
Amor en los mortales; de natura

sigue las leyes que el Criador impuso.
Mentiras son las otras de los hombres
que de Dios en el nombre al hombre oprimen
y la vida envenenan y acibaran.

No, no es delito amar; es ley eterna,
obligación sagrada, que los seres
en amigable paz une y concilia;
la yedra ama la vid, la loba al lobo,
al hombre la mujer, ama a Abaelardo
Heloísa infeliz; leyes tiranas
se oponen a su amor. ¡Ah! quebrantemos
grillos que sólo la opinión los forja,
a Dios indignan y a natura oprimen.

¡Infelice! ¿Qué digo? ¿Dó me arrastra
mi pasión malhadada? ¡Yo, la esposa
de Dios, a un hombre adoro, por él gimo!
¡Yo, que deshecha en llanto ante las aras
ofrecí a un Dios celoso en holocausto
un corazón!... ¡Ah mísera! ¿Era tuyo
ese don? ¡Oh perjura! Tú quisiste
engañar a tu Dios, que vengativo
castiga tu impiedad con duro azote.
Aquel aciago día, de horror lleno,
miro siempre delante, en que forzada
pronuncié votos que abomina el Cielo.
El Ángel tutelar cubrió su rostro
herido de dolor; tronó la esfera,
el carro de Iohaváh corrió las nubes;
subió el remordimiento del abismo
a morar en mi pecho; en mis entrañas
insaciable se ceba de continuo.

Cual un veloz relámpago pasaron
los tiempos del placer y los amores,
para más no tornar. Aquel día alegre
en que cedí a tus ruegos obstinados
¡ah! ¿quién creyera que fatal origen
fuese de tanto mal? El bien supremo
no es dado a los mortales. Desparecen
cual sombra los deleites, y manida
la desesperación, el llanto, el luto
hicieron en la tierra eternamente.

De Citerea a las plantas no fue Adonis

más ardiente, más tierno que Abaelardo
de Heloísa a los pies. Cielos, ¿la gloria
que ofrecéis a los justos es la sombra
de la que yo gusté? Los celestiales
se cubrieron los rostros envidiosos
de tan suprema dicha, que con mano
pródiga nos dio Amor. Las importunas
obligaciones de Himeneo, las trabas
de la opinión, nuestros contentos puros
no los aguaron, que tranquilos, libres
de la naturaleza la divina
inspiración seguimos, despreciando
las arbitrarias leyes que obedece
el vulgo ciegamente y burla el sabio.
Amor, rey de los hombres y de todo
cuanto vive y respira, sus influjos
aparta del profano que atrevido
osó imponerle sujeción y leyes.
Él es ley a sí mismo, y huye lejos
los grillos con que pueblos corrompidos

aprisionarle intentan insensatos.
Aquella noche... su memoria horrible
perezca entre los hombres; las estrellas
le nieguen su luz pura... los verdugos
los puñales afilan, luce el hierro.
Abaelardo, ¿tú duermes? ¡miserable!
¿Dónde estaba Heloísa? ¿Su amoroso
pecho no te abroquela, no te libra?
¿La vengativa cólera del Cielo,
su desesperación ¡ah! no la excita?
¿Y hay un Dios vengador?... La Deidad, sorda,
no oye del inocente los lamentos.
Triunfa la iniquidad... la sangre corre,
la sangre de Abaelardo; el desdichado
en ella se revuelca... ¡no eres hombre
y vives (¡oh dolor!) y yo respiro!
Es de la atrocidad y del delito
juguete el justo; los ardientes rayos
derruecan las altísimas montañas;
la tempestad y el cielo airado burla
el infame y perverso delincuente.
¿Y no preside a la afligida tierra
o la fatalidad o el ciego acaso?

¿Dó me despeño, triste? El negro abismo

se abre a mis plantas, su espantosa boca
me sume; ¡desdichada! las blasfemias
ya no me aterran; el delito horrendo
por doquiera me sigue; en todas partes
sólo encuentro amargura y desconsuelo.
¡Jesús, mi buen Jesús, a Ti me acojo!
Dios hombre compasivo, Tú mis llagas
¡oh Señor! Tú las sana, tus auxilios
desciendan sobre mí, Tú los raudales
de tu misericordia en mí derrama.
Omnipotente Dios, ¿podrá tu diestra
borrar en mí la imagen de Abaelardo,
imagen vencedora de tu gracia,
y vencedora de la muerte misma?
Ven, dueño amado, arráncame del seno
de un Dios amante que piadoso extiende
a mí sus brazos... y que yo detesto.

¡Oh vosotras que nunca habéis sentido
las encendidas llamas del profano
Amor que a mí me abrasa noche y día,
que ignoráis el placer y la violencia
del deleite que pródiga natura
reparte a los que cumplen con sus leyes;
vosotras, mis hermanas, que contentas
vivís en vuestro encierro voluntario,
que visiones fantásticas arroban!
¡Vuestra felicidad ¡oh! cuánto envidia,
y vuestra dicha imaginaria! El Cielo
me dio en su indignación la ciencia triste
que la superstición ahuyenta lejos,
y su mentida gloria. Ella consuela
la flaca humanidad en sus desgracias;
ella da cuerpo a las fingidas sombras,
que la verdad severa desvanece
desconsolando al mismo que ilumina.

¿Qué religión profesas, Abaelardo,
o qué Dios es el tuyo? ¿Qué; el Eterno
ve la infelicidad de sus criaturas,
y en ella se complace? ¿La tristeza
y la pena le aplacan? ¿Son contrarias
las leyes naturales a las tuyas?
¡Ah! no te asusten los espectros vanos,
de la superstición oscuros hijos.
Sólo naturaleza es inmutable,

y sus preceptos santos; los delirios
desparecen por fin, y las creencias
más arraigadas las destruye el tiempo.
Tu amor es la primera, la más santa
obligación que el mismo Dios me impuso,
y a ti también, ingrato, que así olvidas,
pérfido, los sagrados juramentos
que tantas veces ante el Cielo hiciste
de amarme eternamente. ¿De ese modo
cumples con tus promesas? En la tierra
ya no hay más fe, más ley: de su Heloísa
despreciada huye lejos Abaelardo,
sin que el amor antiguo le detenga
ni las amargas lágrimas que vierte.

¿Qué temes, desgraciado? ¿No es ya muerta
Naturaleza en ti? Ya su imperiosa
voz calló para siempre; mis cariños
ya no pueden moverte; ven, amado,
tu esposa desolada te lo ruega,
tu Heloísa infeliz. ¡Ay! hubo tiempo
que fue su voluntad tu ley suprema,
y hasta de sus caprichos fuiste esclavo.
Redúceme, Abaelardo, al buen camino
que abandono por ti; ven, aplaquemos
juntos a la Deidad que vengativa
con eternos suplicios me amenaza,
suplicios ¡ay! tan poco merecidos.

¿El lugar destinado a los amantes
es el Infierno acaso? ¿El fuego eterno
el galardón que Dios ha reservado
a las almas sensibles? ¡Ah! no es éste
el Hacedor benéfico que anuncia
la conciencia: mi amor no es un delito
ni una mortal de su Criador la esposa.
El vulgo que elevarse a Dios no sabe
mezquina torna la sublime idea
de la divinidad; a él son debidos
delirios que lamentan los piadosos,
y que befa con risa el bando impío.

Mas ¡ay, que mi pasión nada la enfrena!
ni de la santa Religión la augusta
majestad, los misterios adorables;
ni la cercana muerte, ni el tremendo

Dios que me ha de juzgar... Huye; los montes,
los mares pon en medio de tu estancia
y esta mansión del llanto, do Heloísa
la muerte invoca a sus gemidos sorda.
La pompa funeral, el aparato
de horror y destrucción ¡oh cuánto alegra
el ánima mezquina! Aquel descanso
inalterable, aquella paz profunda
que nada turba en el sepulcro frío,
¿será que venga para mí? La muerte
evita al desdichado. Su guadaña
siega la flor lozana, y deja ileso
el tallo seco y las marchitas hojas.
¡Oh Supremo Hacedor! ¿Por qué negaste
facultad en su vida al desdichado
que abrumba la existencia y cansa el mundo?
Las puertas de la muerte están abiertas
perpetuamente al infeliz; seguro
puerto ofrece a la nao combatida
de la deshecha tempestad la huesa.
Al vulgo que en la muerte ve otra vida
este error le detenga... ¡Oh Dios, perdona
de mi flaca razón el desvarío,
de mi pasión el desenfreno horrible!
Respeto tu ley santa, humilde adoro
tu Religión, que la razón cautiva,
y que del tierno amor hace un delito.
La desesperación del negro Infierno
a la sima me arrastra, do sumida
fuera ya, mas la Mano omnipotente
mi flaqueza sostiene compasiva.

Anoche, al tiempo que descansa el mundo,
cuando vela el cuidado, el vengativo
remordimiento ante el dorado lecho
del tirano y las sombras macilentas
salen de su prisión, cuando los muertos
pálidos de las tumbas se levantan,
mi dolor exhalaba en llanto amargo
ante un negro ataúd: el santo templo
se estremece, las lámparas se extinguen,
el cabello se eriza, voz tremenda
resuena en mis oídos. «Heloísa,
nada temas», me dice, «ya la muerte
te ofrece en el sepulcro eterno asilo,
y ya Dios abre sus amantes brazos,

y en su seno te acoge. Yo, tu hermana,
ardí de amor cual tú, mas la encendida
llama apagó esta tierra y este hielo.
El Eterno, que el vulgo representa
cual tirano implacable, ve indulgente
de la frágil criatura el extravío,
le perdona sus culpas y consuela
sus quebrantos con gloria perdurable.
Ven; descansa conmigo». Sí, mi amada,
ya se anublan mis ojos, ya no late
el pulso amortecido; tú, Abaelardo,
queda a Dios para siempre, y tus cenizas
y mis helados huesos un sepulcro
contenga; así en los siglos venideros
del amor más constante y desdichado
serán nuestras desgracias el ejemplo.

III

Abaelardo a Heloísa

Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada!
¿Qué me quieres, bellísima Heloísa?
¿Por qué tu voz se escucha en esta tumba,
morada eterna de pavor y muerte?
De un Dios celoso los preceptos duros
tan sólo aquí se siguen, de natura
las suavísimas leyes olvidando;
amar es un delito. Sí, Heloísa;
Dios veda que te adore a tu Abaelardo
y sople el fuego que en tu amor le inflama;
el fuego que discurre por mis venas,
y que mi triste corazón abrasa.

¡Terrible suerte! mis verdugos crudos
mis órganos helaron, y la ardiente
llama que el alma mísera devora
no encuentra desahogo. Me consumo
en rabiosos esfuerzos impotentes,
los cielos y la tierra detestando.
Eterno Ser, cuyos milagros canta
el vulgo ciego ante el altar postrado,
del engaño riendo el sacerdote,
¿quieres verme rendido ante tus aras?
Vuélveme el sexo, y canto tus grandezas.

Melancólico libro, que dictado
fuiste sin duda por un alma triste;
Biblia, que haces de Dios un cruel tirano;
tú serás mi lectura eternamente.
¡Oh, cómo me complaces cuando pintas
los hombres y animales fluctuantes
en el abismo inmenso de las aguas
clamar en balde por favor al Cielo,
y la vida exhalar en mortal ansia!
Todo el linaje humano, reprobado
por el leve delito de uno solo,
me muestras arrastrando sus cadenas,
y condenado a enfermedad y muerte.
Mi gozo es retratarme estas ideas.

La desesperación fundó los claustros;
ella aquí me ha arrojado. Yo detesto
de los hombres, de Dios, y de mí mismo;
de Heloísa también, sí, de Heloísa.
Yo fragüé tus cadenas, yo tus votos
te forcé a pronunciar, yo te he arrancado
del mundo que adornaba tu hermosura.
Odio también este execrable monstruo,
que marchitó la más lozana rosa,
y en capullo cortó la flor más bella.
La desesperación ante mi lecho
hace la ronda, y en mi pecho anida
la mortal rabia; a mis cansados ojos
jamás se asoma el llanto. Di, Heloísa,
¿si reconoces tu infeliz amante
en tan fatal estado? Fueron tiempos
en que enjugaba compasivo el lloro
del triste que aliviaba en sus desdichas.
¡Cuántas veces mis lágrimas regaron
tus mejillas, la suerte lamentando
de el que la desventura perseguía!
La dulce compasión ya no se alberga
en este corazón, más que la roca
por el sumo dolor empedernido,
y hasta el consuelo de llorar me quita
la bárbara y crüel naturaleza.
Los celos y la envidia macilenta
son las pasiones que mi pecho ocupan,
y hasta del Dios que sirves tengo celos.
Cuando imagino que en el templo augusto

a Dios das un amor que a mí me debes,
execrando sus leyes sacrosantas,
el rival me declaro del Eterno.

El mundo todo contra mí conspira,
y todo me aborrece mortalmente;
yo vuelvo mal por mal, guerra por guerra.
Los monjes que sujeta a mis preceptos
la vil superstición y el fanatismo
son con cetro de hierro gobernados;
todos ven en su abad un enemigo.
La penitencia austera, amargo fruto
de desesperación que el pueblo mira
cual dádiva de Dios, y que los Cielos
airados en su cólera reparten,
en mi semblante mustio se retrata.
Ceñido de cilicios, soy yo propio
el más crudo enemigo de mí mismo,
y sufro mil tormentos que me impongo.

Debajo de mis plantas miro abierto
un abismo de penas y de horrores,
y la muerte afilando su guadaña
amenazarme su tremendo golpe.
Hierre; y descenderé tranquilamente
a la mansión eterna del espanto.
¿Del tirano que rige a los mortales
la rabia omnipotente puede acaso
castigarme con penas más horribles?
Allí yo te veré, veré a Heloísa,
y aumentará tu vista mi tormento,
tu vista que otro tiempo fue mi gloria.

Mi corazón se oprime; no me es dado
contemplar a mi amada en la desdicha.
Iehováh, que de contino en balde imploro,
si víctima tu saña necesita,
descarga sobre mí: ve aquí mi cuello.
Tú, amada, vuelve al mundo que dejaste;
ve, torna a las pasadas alegrías,
de un esqueleto olvida las memorias,
vil juguete de Dios y de los hombres.
Si quieres ser feliz huye del claustro;
renuncia de los votos imprudentes
que no pudiste hacer; rompe tus grillos.
El hombre jamás pierde sus derechos;

cobrar la libertad es siempre justo.

Dios eterno, perdona mis delirios.
Tú me has hecho apurar hasta las heces
el cáliz del dolor y la ignominia;
¿Y quieres que mi grito no resuene
y que sufra en silencio el crudo azote?
¡Oh, ... es Dios en sus venganzas,
si no permite al infeliz ni el llanto!
¡Oh tú, que en otros tiempos animaste
este cadáver que ante mí contino
retrata los horrores de la muerte,
espíritu que habitas las regiones
por siempre impenetrables a los vivos,
ilumina a un mortal extraviado
que confusión y escuridad rodea!
¿Qué orden nuevo de cosas nos aguarda
en el reino espantoso de los muertos?
¿La miseria, el dolor, persiguen siempre
a los humanos tristes, y se ceban
en las cenizas yertas del difunto?
¿O es la huesa el camino de la dicha?
¿O más bien todo con la vida acaba?

Perseguido de ideas funerales,
la muerte miro como un trance horrible
que me ha de conducir a nuevas penas.
A veces en mis sueños me figuro
que, conducido por un caos inmenso,
soy presentado al trono del Muy Alto,
y el resplandor que en torno le rodea
me hace caer a tierra deslumbrado;
que me levanta el rayo fulminante,
y que el ángel tremendo de la muerte
la senda del Averno me señala,
y en la región del luto soy sumido,
condenado a tormentos sempiternos,
do son perpetuamente los humanos
víctima de las iras implacables
de un tirano crüel y omnipotente.
Despavorido me despierto, al Cielo,
a ese Cielo de bronce, alzando en balde
mis ayes doloridos y profundos.

¡Jesús, santo Jesús!, Tú que quisiste
morir crucificado entre ladrones;

mártir de la virtud, que el vulgo adora
como deidad, y que venera el sabio
como el más santo y justo de los hombres;
que contemplando el orden de los seres
admiras el gran todo, y las flaquezas
del humano linaje compadeces,
que evitó siempre tu virtud severa;
si las preces del justo pueden algo
con ese Dios que tú anunciaste al mundo,
suplícale que alivie mis quebrantos;
la desesperación que despedaza
mi corazón, que desvanezca luego
un rayo de su gracia poderosa.
¿En qué pudo ofenderle un desdichado
que amaba la virtud, que así le priva
de gozar por jamás algún contento?
Aparta ya, gran Dios, de mí tu soplo,
súmeme de una vez en el sepulcro,
y corta el hilo de tan triste vida.
Vosotros, monjes, que he mortificado
hasta haceros la vida detestable,
¿no tomáis la venganza? ¿Qué os detiene?
¿O queréis que respire en mi despecho?
Vosotros, que el silencio de las celdas,
la soledad medrosa de los claustros
y el lúgubre pavor del cementerio
excita a los proyectos más atroces;
espíritus crüeles que endurece
contra la humanidad la penitencia;
vosotros encendisteis las hogueras
del fanatismo; y el puñal agudo
clavasteis en el pecho del hereje;
que ... a Dios a sangre y fuego,
... contra mí vuestros horrores.

¿Qué pena da a los monjes un delito?
¿Son éstos, Heloísa, de tu amante
Los suaves coloquios. ¿Dó se fueron
las deliciosas noches ¡ay! pasadas
en brazos del placer, cuando Heloísa
templaba con sus besos amorosos
el ardor de mi llama? ¡Suerte horrible!
Del deleite supremo el dulce cáliz
me dio a gustar natura, porque sienta
el valor infinito de la dicha
y el peso del dolor intolerable,

que para siempre morará conmigo.

Ya no invoco la muerte, que huye lejos
del mísero que vive en los ultrajes.
Ni el cuchillo cruel de mis verdugos,
ni mis suplicios, ni mi austera vida,
ni mi ayuno continuo, ni mis duelos,
nada basta a arrojarme en la fría tumba.
Las sombras pavorosas de los muertos
rondan en derredor de mí contino,
y a habitar me convidan sus mansiones;
en balde; que el destino aborrecido
me tiene fijo a la enemiga tierra,
y huye la muerte cuando yo la toco.

¡Oh Señor!, ¿para cuándo señalaste
el término a mis días tan ansiado?
¿Me has de dejar sufrir eternamente?
¿O quieres que publique tus loores
de la horrible desgracia perseguido?
Quebranta las cadenas que sujetan
mi cuello a la pasión; libre me hiciste,
tórname en libertad, tu don conserva.

Amada, oyó mis votos el Eterno.
La dulce calma vuelve a mis sentidos.
Ya va a herirme la muerte, y ya el descanso
de mis fatigas acercarse miro.
En el seno de un Dios, de un padre amante
de sus criaturas, las delicias todas
me aguardan de consuno; que en tus brazos
solamente gusté su vana sombra.
Aquí de los humanos los delirios
desparecen por siempre; un Dios piadoso
perdona a los errores invencibles
que graba la crianza en nuestras almas.
Felicidad y dicha inalterable
habitan las regiones fortunadas,
que de monstruos horrendos puebla el hombre.
Aquí nos hallaremos, Heloísa,
y nuestras almas con amor más tierno
se estrecharán en lazo indisoluble.
Vive feliz, y piensa en tu Abaelardo;
tu amor causó sus glorias y sus penas,
y ni en la postrer hora te ha olvidado.

ELEGÍA

V

(Traducción de Tibulo)

Llena el vaso otra vez; mis fatigados
ojos por tu potencia irresistible
¡oh Baco! en sueño yazgan sepultados.

Espira sueño ¡oh Baco! Tú insensible,
Tú sólo, hacerme puedes a mi suerte;
¡oh suerte con mi amor cruda, inflexible!

Cerrada está con un candado fuerte
la puerta de mi amada, y su celosa
guarda todos sus pasos ¡ay! advierte.

Puerta dura, ¡ojalá la procelosa
lluvia te embata, y te consuma el trueno
que Jove lanza en mano poderosa!

Puerta, ábrete a mis ruegos; de mi seno
los sollozos te ablanden; sin rüido
cedan tus quicios, de sentido ajeno.

Si contra ti furioso he prorrumpido,
en mi cabeza caigan maldiciones
que en tu daño sin seso he proferido.

No te olvides ¡oh puerta! de mis dones,
la guirnalda de flores que te ornara,
mis preces, mis dulcísimas razones.

Mas tú nada receles, Delia cara;
osa frustrar tu guardia vigilante;
Venus dio su favor a quien osara.

Venus la senda enseña al mozo amante
que ignorara, y adiestra la doncella
a abrir la puerta muda y palpitante.

También muestra de amor la diosa bella

el lecho abandonar furtivamente
y sin ruido estampar la blanca huella;

y delante el marido impertinente
hablar con expresivas ojeadas,
que el amador comprende solamente.

Ni a todos estas artes les son dadas;
mas a quien diligente deja el lecho,
ni las tinieblas de la noche heladas

le asustan. Citerea de su pecho
propicia aparta el aguzado acero,
y en vano el salteador vela en su acecho;

que es seguro y sagrado aquel sendero
por do va el amador de un dios guardado
contra los lazos del mortal artero.

No de las noches del Diciembre helado
la escarcha me dañara, o la furiosa
lluvia del cielo; en aguas desatado.

Nunca tendré mi pena por gravosa
si a abrir mi Delia viene al fin su puerta,
y por señas me llama silenciosa.

Hombre o mujer, si alguno hallarme acierta,
lejos tenga la luz; que el dios Cupido
veda que sea mi gloria descubierta.

No de vuestras pisadas el rüido
me asuste, ni mi nombre preguntando
acerquéis el fanal aborrecido.

Quien sin pensar me viere, que jurando
por los dioses sagrados lo desmienta;
tal es de Venus poderoso el bando.

Si alguno hablar osare, el furor sienta
de la diosa implacable que engendada
fue de sangre y espuma turbulenta;

mas ni entonces tu esposa creerá nada.
Tal me dijo una maga verdadera,
cuya arte en mi favor está empleada.

Una noche serena yo la viera
que la luna a su voz huyó medrosa
y que el rayo torcía su carrera.

Su canto abre la tierra y la espantosa
tumba dejan los manes al conjuro
do la yerta ceniza en paz reposa.

Agora llama con imperio duro
el Infierno, o con leche rociados
sus espíritus torna al reino oscuro.

A su arbitrio disipa los nublados,
a su arbitrio los días más serenos
en pardas nubes van encapotados.

Ella sola conoce los venenos
de Colcos; de los perros infernales
sola ella calma los rabiosos senos.

Ella misma compuso estos fatales
cantos; dílos tres veces, Delia mía,
y cántalos en tres tiempos iguales.

El envidioso en vano le diría
a tu esposo mi amor; aun si nos viera
yacer juntos, sus ojos no creería.

Mas tú huye de otro amor, que su ceguera
será en mi favor sólo, y otro amante
esconderse a su vista no pudiera.

¿Qué no creeré de maga que es bastante,
según dijo, a romper del amor mío
las firmes ataduras de diamante?

Cuando la noche tiende el manto frío,
inmolará por mí negros corderos
a las deidades del Averno umbrío.

No que yo no te amara, mas que fueras
blanda a mi amor pedía, Delia hermosa,
que eternamente tú en mi amor ardieras,
que la vida sin ti me fuese odiosa.

ODA

XII

(Traducción de Horacio)

Vana sabiduría,
de tu resplandor falso deslumbrado,
ya largo tiempo erré sin norte o guía;
ora al camino por mi mal dejado
torno, y víctimas pías
a Jove inmolaré todos los días.

A Jove que, lanzando
con diestra firme el rayo fulminante,
hendiendo va las nubes, y volando
en alígero carro rutilante
por el cielo sereno,
crujen entrambos polos a su trueno.

Las selváticas tierras,
los caudalosos ríos, el Averno
y cuanto monstruo pavoroso encierras
en tus entrañas, horroroso Infierno,
todo a Jove obedece,
todo su rayo horrísono estremece.

La fortuna inconstante
con impulso ruidoso precipita
cuanto alzaba al Olimpo su arrogante
frente, y con mano poderosa excita
el que en el polvo yace,
y aquel que oscuro fuera brillar hace.

POEMAS

I

La guerra de Caros

(Traducción de Osián)

Dame, Malvina mía,
el harpa, dame: que la luz del canto
en el alma de Osián se enciende súbita.
Cual es el campo cuando oscura noche
las colinas en torno cubre, y crecen
lentamente las sombras en el valle
del Sol, tal, ¡oh Malvina! a mi Óscar veo
junto la roca del limoso Crona.
Mas la forma de Óscar es cual la niebla
del desierto que el rayo de Occidente
colora de su luz; tal es la amable
forma de Óscar; ¡oh vientos
que sopláis en Arvén, huid lejos de ella!

¿Quién viene hacia mi Óscar? Júbilo oscuro
brilla en su rostro; sus cabellos canos
el viento mece; en un bastón se apoya,
y cánticos murmura, y torna a Caros
miradas repetidas; Ryno el bardo
este es; Ryno, del canto el mensajero
a la hueste enemiga. ¿Qué hace, ¡oh Ryno!
Caros, rey de las naves? Óscar dice:
¿Despliega, di, las alas de su orgullo,
bardo de antiguos tiempos? Las despliega,
replica el bardo, Óscar, pero al asilo
de amontonadas piedras, de sus muros
atónito te mira, Óscar terrible
cual de la noche el tenebroso espíritu
que las olas agita,
y furioso en sus naos las precipita.

Príncipe de mis bardos, Óscar dice,
la lanza de Fingal toma, en su punta
fija la llama, blándela a los vientos;
ve, dile a Caros que de Óscar el arco
arde por la batalla, fatigado
de la caza de Cona; que los fuertes
están lejos, que joven es mi brazo;
convídale con cantos a la guerra,
dile que deje sus amigas ondas.

Cánticos murmurando, Ryno parte;
Óscar alza el clamor cual el estruendo
de la campana, cuando de Togorma
se agita el mar cercano, y en sus árboles

silban los vientos rápidos; los héroes
de Arvén le oyeron, y se aunaron súbito:
tal después de las lluvias los torrentes
se precipitan raudos de los montes
en el orgullo de su curso. Ryno
se acerca al fuerte Caros, y blande
la centellante lanza. ¡Oh tú, le dice,
tú que habitas las olas inconstantes!
Sus, ven a la batalla de Óscar; lejos
está Fingal; el canto de los bardos
oye en Morvén, de su palacio el viento
se mece en sus cabellos; su terrible
lanza pende a su lado; cual la luna
escurecida es el escudo; ven
al combate de Óscar; solo está el héroe.

Caros no vino al raudo Carón. Ryno
se tornó con su canto. Negra noche
Crona cubre; la fiesta de las conchas
se extiende; arden cien robles a los vientos,
brilla pálida luz en la maleza.
Por entre el resplandor de Arvén las sombras
pasan, y muestran sus oscuras formas
de lejos. A Comala un meteoro
medio descubre; triste y tenebroso
aparece Idalán cual luna oscura
por entre espesa nieve de la noche.

¿Quién causa tu tristeza? dice Ryno.
Él sólo ve al caudillo. ¿Tu tristeza
quién la causa, Idalán? ¿No has recibido
tu gloria? ¿No se oyeron ya los cantos
de Osián? Tú de tu nube te inclinaste
por oír el canto del morvenio bardo.
Tu sombra cabalgó sobre los vientos
brillante. ¿Qué, tus ojos, Óscar dice,
ven a Idalán cual meteoro oscuro
de la noche? Di, Ryno, cuál cayera
Idalán en los días de mis padres,
tan famoso; su nombre vive eterno
en las rocas de Cona; yo mil veces
de sus colinas viera los torrentes.

Fingal, replicó el bardo, de sus guerras
a Idalán expelió; triste era el alma
de Fingal por Comala, ni sus ojos

sufren la vista del caudillo; solo,
con silenciosos pasos, tristemente,
lento Idalán se embosca en la maleza.
Ambos sus brazos cuelgan, sus cabellos
suelos sobre su frente el viento mece,
la lágrima en sus ojos abatidos
está, en lo hondo de su pecho un ¡ay!
medio acallado. Solitario, oscuro,
erró tres días; y llegó al palacio
de Lamor, el palacio de sus padres,
musgoso cabe el Balva. Bajo un árbol
sentado está Lamor solo; su gente
toda sigue a Idalán en los combates;
sus pies baña el torrente, su cabeza
cana sobre su báculo se apoya,
ciegos sus ojos son de años cargados.
Lamor murmura el canto
de los pasados tiempos.
De las pisadas de Idalán el ruido
a los oídos llega del anciano,
y del hijo los pasos reconoce.

¿Qué, torna el hijo de Lamor, o escucho
de su espíritu el ruido? ¡Oh tú, del viejo
Lamor hijo! ¿Moriste en las arenas
del Carón? Y si oyeron mis oídos
tus huellas, ¿dó están, di, los esforzados
en la guerra, Idalán? ¿Dó está mi pueblo
que tornó tantas veces del combate
con sus escudos resonantes? ¿Yacen
los fuertes del Carón en las arenas?
No, dice el joven suspirando, el pueblo
de Lamor vive, y es famoso en guerras,
¡oh padre! Idalán sólo no es famoso,
¡ah! no es famoso más. Yo en las arenas
de Balva habitaré solo, y en tanto
de la batalla crecerá el estrépito.

Mas no tus padres se sentaron solos,
dijo el orgullo de Lamor; tus padres
no se sentaron solos en la arena
del Balva, en tanto que crujía el estruendo
del combate jamás. ¿Ves tú esa tumba?
Mis ojos no la ven; en ella yace
el noble Gormalón, que de la guerra
jamás huyera. «Ven ¡oh tú! famoso

en la guerra, me dice: de tu padre
ven a la tumba». ¡Oh Gormalón, famoso
cual puedo ser! El hijo del combate
huyó. Idalán responde con sollozos:
¿Por qué atormentas, rey del bando Balva,
mi espíritu? Lamor, yo nunca huyera;
por Cómala, Fingal triste, sus guerras
ha rehusado a Idalán; «huye, me dijo,
a los canos arroyos de tu tierra;
consúmeme cual roble deshojado
que los vientos lanzaron sobre el Balva
para más no crecer.»
¿Y cómo podré yo, Lamor replica,
ver de Idalán las solitarias huellas?
¿Vivirá él fijo en mis torrentes canos,
y mil serán famosos en batallas?
Espíritu del noble
Gormalón, guía a Lamor a su morada;
sus ojos son oscuros, su alma triste,
su hijo perdió su fama.

¿Dó adquiriré yo fama, dijo el joven,
para que el alma de Lamor se alegre?
¿De dónde tornar puedo yo con gloria,
para que suene en sus oídos grato
el ruido de mis armas? Si a la caza
voy de las ciervas, no se oirá mi nombre;
cuando yo tornaré de la colina,
no alegre halagará Lamor mis perros,
y no se informará de sus montañas,
ni del ciervo ojinegro de sus selvas.

Yo caeré, Lamor dijo, cual un roble
deshojado; en la roca se elevaba,
los vientos le abatieron. Mi alma triste
por mi hijo Idalán en las colinas
vagará. ¿Vos de nieblas su presencia
me ocultaréis espesas? Ve, hijo mío,
de Lamor a la sala; allí las armas
de nuestros padres penden; trae la espada
de Gormalón; el héroe a un enemigo
la arrancara. Idalán trujo la espada
con todas sus correas retorcidas,
y la entregó a su padre; el héroe cano
tocó la punta con la mano y dijo:

Condúceme a la tumba,
hijo, de Gormalón, que se levanta
tras de aquel árbol de sonantes hojas.
Marchitado está el césped, y la brisa
oigo que silba aquí; cerca murmura
la fuentecilla, y corren hacia el Balva
sus aguas; aquí quiero reposarme,
que es medio día; el sol está en el campo.

Idalán le condujo
de Gormalón al túmulo; el anciano
de su hijo hirió el costado; juntos duermen;
sus antiguos palacios caen en polvo;
espíritus se ven el medio día;
el valle es silencioso,
y el pueblo arredra de Lamor la tumba.

Hijo de antiguos tiempos, Óscar dijo,
triste es tu historia; el alma mía suspira
por Idalán, que en juventud temprana
cayó. Sobre los vientos del desierto
vuela, y en tierra extraña agora yerra.
Vosotros, hijos de Morvén sonante,
id al encuentro de los enemigos
de Fingal; que la noche pase en cantos,
y observad el ejército de Caros.
Yo voy al pueblo de otros tiempos, sombras
del silencioso Arvén, a do mis padres
oscuros en sus nubes asentados
ven las futuras guerras. ¿Tú, Idalano,
cual un medio extinguido meteoro
no estás aquí? Parece en mi presencia
en tu dolor, jefe del bando Balva.

Los héroes marchan, y los cantos alzan.
Óscar con pasos lentos la colina
trepas; los meteoros de la noche
parecen a su vista en la maleza;
un torrente lejano suena sordo;
de un huracán el soplo interrumpido
silba por entre los ancianos robles.
Detrás de su colina roja, oscura,
la luna en la mitad de su creciente
se abate; en la maleza flacas voces
se oyen; Óscar desenvainó la espada:
Vos, espíritus dice de mis padres,

vos que contra los reyes de la tierra
combatisteis, venid y reveladme
de los futuros tiempos las hazañas;
o cuando razonáis en vuestras huecas
mansiones y en los campos del valiente
vuestros hijos miráis, vuestros discursos
decidme cuáles son.

A la voz de su nieto poderoso
tremor de su colina vino; nube,
cual el potro extranjero, sus aéreos
miembros sostiene; niebla escurecida
de Lano es su vestido; mortal niebla
a las gentes, un verde meteoro
medio extinguido por espada lleva;
informe y tenebroso es su semblante.
Tres veces suspiró Tremor; tres veces
espantables los vientos de la noche
rugieron; luengas fueron sus razones
con Óscar, mas el eco solamente
vino a nuestros oídos tenebroso,
cual son historias de remotos tiempos
antes que amaneciera luz del canto.
Desvaneciose lento al fin cual niebla
que los rayos del sol en la colina
derriten, ¡oh Malvina! Óscar fue triste
desde entonces; oscuro, pensativo,
cual el sol cuando cubre negra nube
su rostro, y disipando las tinieblas
otra vez mira las colinas verdes
del Cona, tal Óscar a veces era,
porque de su linaje
previó de entonces la fatal rüina.

Óscar pasó la noche con sus padres;
el alba de Carón en las arenas
le halló; de un verde valle rodeado
un sepulcro se eleva, monumento
de los antiguos días, y a lo lejos,
erguiendo al viento sus ancianos pinos,
alzan bajas colinas su cabeza.
Los guerreros de Caros aquí estaban,
que la noche el arroyo vadearan;
cual troncos de altos pinos parecían,
cuando pálida luz del alba raya.
Junto a la tumba Óscar se para y alza

tres veces su terrible grito; en torno
resuenan las colinas cavernosas,
saltan los ciervos azorados, huyen
amedrentadas en sus negras nubes
las espantadas sombras de los muertos;
tan terrible la voz de mi Óscar era,
llamando a la batalla a sus amigos.

Mil espadas se alzaron; se alzó el pueblo
de Caros. ¿Por qué lloras, oh Malvina?
Mi hijo, aunque solo, es bravo. Cual un rayo
es de celeste luz Óscar, en torno
gira, y el pueblo cae; su mano es brazo
de espíritu que sale de la nube;
su forma es invisible,
mas en el valle en tropa el pueblo muere.
Óscar mira acercarse el enemigo,
y en el silencio oscuro de su fuerza
se para. ¿Estoy yo solo, dice, en medio
de miles de enemigos? Muchas lanzas
aquí parecen, muchos ojos miro
torvorotantes. ¿Tornareme huyendo
al Crona? Mas mis padres nunca huyeron;
la señal de su brazo en mil batallas
impresa está. También Óscar famoso
un día será. Vosotros, de mis padres
espíritus oscuros, mis hazañas
en la guerra mirad; si caigo ¡oh padres!
cual el linaje del Morvén sonante
seré famoso en los futuros tiempos.
Óscar se para, y en su puesto crece
cual un arroyo en el estrecho valle.

Acercose el combate, mas cayeron,
y en sangre se tiñó de Óscar la espada.
Oyó Crona el estrépito, y su gente
cual cien torrentes corre; huyen de Caros
los guerreros. Óscar, cual por reflujo
de la mar el peñasco abandonado,
tal permanece incontrastable. En tanto
Caros se avanza turbulento, oscuro,
con todos sus caballos, cual el rápido
torrente; los pequeños arroyuelos
se pierden en su curso, y se estremece
la tierra en torno; brillan en los aires
diez mil espadas; de ala en ala corre

la batalla... ¿A qué más canta batallas
Osián? ¡Ah! nunca brillará en la guerra
mi acero ya. Yo con dolor recuerdo,
al sentir la flaqueza de mi brazo,
mis días juveniles. ¡Oh! felices
aquellos que en los días de su gloria
en juventud cayeron, ni las tumbas
de sus amigos vieron, ni las cuerdas
del arco de la guerra al débil brazo
rehusaron de ceder. ¡Oh tú felice,
Óscar, en medio de tu torbellino
sonante; tú los campos de tu fama
visitas, donde Caros huyó lejos
de tu luciente espada!

Bella hija de Toscar, el alma mía
tinieblas cubren; ni la forma veo
de mi Óscar en Carón, ni veo su imagen
ya sobre Crona; el viento impetuoso
lejos le arrastra; triste de su padre
el corazón está; mas tú, Malvina,
al ruido de mis selvas me conduce,
de los torrentes raudos de mis montes
al estruendo. El sonido de la caza
quiero escuchar en Cona, meditando
en los pasados años. Dame el harpa
¡oh virgen! que pulsar pueda sus cuerdas
cuando en el alma mía
raye la luz del canto.

Acércate ¡oh Malvina!, aprende el canto
que escucharán los venideros días.
Tiempos vendrán que de los hombres flacos
los hijos alzarán la voz en Cona,
y mirando estas rocas
«Aquí Osián ha morado»,
dirán, y admirarán los capitanes
de los pasados años, el linaje
que ya no es más. En tanto ¡oh mi Malvina!
cabalgando en las alas de los vientos
mugientes, asentados en las nubes,
nuestras voces se oirán en el desierto;
de la roca los vientos
dirán de nuestros cantos los acentos.

II

La guerra de Inistona

Sueño es del cazador en la colina
nuestra edad juvenil; serenos rayos
del sol le aduermen, mas despierta en medio
de hórrida tempestad; el trueno estalla,
el huracán los árboles sacude;
él se recuerda del luciente día,
y de sus dulces sueños. ¿Cuándo ¡ah! cuándo
tornará, Osián, tu juventud lozana?
¿Cuándo más de las armas el estrépito
sonará grato en mis oídos? ¿Cuándo
iré yo, cual mi Óscar, resplandeciente
en la luz de mi acero? Vos colinas
del Cona, vos torrentes de mi patria,
atentos escuchad la voz del bardo.
El canto raya, cual sereno día,
en el alma de Osián; de los pasados
tiempos las alegrías
goza plácidamente el bardo anciano.

Selma, tus torres miro,
veo de tus altos muros sombreados
los robles; de tus rápidos torrentes
escucho el murmurar; tus generosos
héroes están aquí; mí noble padre
descuella en medio de ellos apoyado
al broquel de Tremor; su lanza cuelga
de la muralla; con atento oído
el Rey escucha el canto de sus bardos,
que de su verde edad dicen la gloria,
y de su brazo la invencible fuerza.
Óscar, tornado en tanto de la caza,
oye los nobles hechos de su abuelo;
sus ojos de mil lágrimas se inundan,
y de rubor se cubre su semblante.
El escudo de Brano, que pendía
de la muralla, arranca; al viento blande
la centellante punta de mi lanza,
y al jefe de Morvén en voces trémulas
le dice con palabras mal formadas:

Fingal, Rey de los héroes, y tú, padre
Osián, tú después de él segundo en gloria
guerrera, vuestros nombres en los cantos
suenan con fama; vuestra edad temprana
ilustró la vitoria; mas cual niebla
del Cona así yo soy. Óscar parece,
y se disipa al punto. Nunca el bardo
su nombre cantará, ni en la maleza
el cazador visitará su tumba.
Dejadme combatir en Inistona,
héroes; lejana entonces de vosotros
de mis hazañas estará la escena,
y el rumor de mi muerte a vuestro oído
jamás vendrá; mas cantará mi nombre
el extranjero bardo, y mi gloriosa
muerte celebrará la virgen tierra;
sobre mi tumba llorará el valiente
de la lejana tierra; en los convites
los bardos cantarán: «Oíd las proezas
de Óscar, el hijo de la tierra extraña.»
Hijo del nombre mío, Fingal responde,
Óscar, tuyo ha de ser este combate.
Aprestad ¡oh! la nao cavernosa
que a mi héroe en Inistona desembarque.
Hijo del hijo mío, a ti la gloria
de nuestro nombre fío; tú del ilustre
linaje eres también; que nunca diga
el extranjero al recordar tu nombre:
«Flaco es el brazo de Morvén en guerra».
Cual fulminante rayo en la batalla
tal has de ser, mas en la paz suave
cual es el sol ya cerca de su Ocaso.
Ve, di a Anir que yo guardo en mi memoria
de nuestra edad lozana los combates,
cuando luchamos ambos en los días
de la hermosa Agandeca.

Las velas ya despliegan, y los vientos
silban en las correas de los mástiles.
Las olas baten las musgosas rocas,
y el Océano formidable ruge.
Del alto mar la tierra de las selvas
descubre Óscar, y rápido del Runa
aporta a la ensenada.
A Anir, Rey de las lanzas, de aquí envía
su reluciente acero; el héroe cano

de mi padre la espada reconoce,
y sus ojos mil lágrimas inundan,
que de su fuerza juvenil se acuerda,
cuando tres veces blandió su lanza
contra Fingal a vista de Agandeca.
Los otros héroes combatir los vieron
de lejos, como luchan en las nubes
dos espectros nocturnos irritados.
Mas ora yo soy viejo, el Rey prosigue,
mi acero en mi palacio cuelga inútil;
guerrero de Morvén, ya fueron tiempos
do vio Anir de las lanzas la batalla;
agora está marchito y macilento,
cual el roble de Lano.
Ya no tengo más hijos que te lleven
contentos al palacio de sus padres.
Desangrado Argón yace en el sepulcro,
y Ruro no es ya más; del extranjero
mi hija habita las salas, y mi muerte
por ver anhela; su terrible esposo,
diez mil lanzas guiando, cual la nube
de mil muertes cargada, así de Lano
desciende. Mas ven, hijo del sonante
Morvén, del viejo Anir ven a la fiesta.

Tres días duró el convite de las conchas;
el cuarto Anir el nombre de Óscar supo,
y se alegraron juntos persiguiendo
los jabalís del Runa; fatigados,
cabe una fuente de musgosas peñas
los héroes se pararon.
Anir esconde en vano el llanto triste
que baña sus mejillas, y en sollozos
interrumpidos dice: Aquí reposan
los hijos de mi amor; este árbol cubre
el sepulcro de Argón, y de mi Ruro
esta piedra es la tumba. Amados hijos,
¿en la estrecha mansión de vuestro padre
no oís el lamento? ¿Y cuando del desierto
los vientos soplan, no me habláis acaso
al ruido de las hojas agitadas?
Rey de Inistona ¡ah! dime cuál cayeron
de tu edad juvenil los caros hijos,
le dice Óscar. Sobre sus tumbas corre
el fiero jabalí, mas su descanso
no turba; que en las nubes persiguiendo

van nebulosos ciervos, y tendiendo
sus arcos lanzan las aéreas flechas.
Tus hijos en sus juegos juveniles,
Anir, aún se ejercitan, y contentos
en la región habitan de los vientos.
Cormalo, el Rey replica, a diez mil lanzas
manda; Cormalo habita cabe el Lano
que vapores mortíferos exhala.
A mi palacio vino, y de la justa
la gloria pretendió; bello era el joven,
cual del naciente sol el primer rayo,
y pocos en la justa de la lanza
le igualaban; mis héroes a Cormalo
cedieron todos; él ganó la palma;
mi hija de él se prendó; mi Argón, mi Ruro
tornaron de la caza, y de su orgullo
las lágrimas corrieron.
De los dos héroes las miradas mudas
erraban con furor sobre los bravos
de Runa, que cedieran en la justa
el triunfo al extranjero.

Tres días duró el convite; vino el cuarto,
y mi Argón y Cormalo combatieron.
¿Mas quién pudo igualarse en el combate
a Argón? Cedió Cormalo; mas su orgullo
llenó su pecho de furiosa rabia,
y meditó en secreto dar la muerte
a mis dos hijos. Juntos las colinas
del Runa recorrían persiguiendo
las ciervas; la saeta de Cormalo
sin ser vista voló; mi Argón, mi Ruro
cayeron ¡ay! bañados en su sangre.
Él vino de su amor a la doncella,
la virgen de Inistona de los luengos
cabellos; por el hiermo huyeron ambos;
solo se quedó Anir; viene la noche,
el día raya, y ni Argón ni Ruro tornan.
Al fin vimos su perro más amado,
su fiel Runar, el corredor ligero,
que con ahullidos dolorosos entra
en mi palacio, y con mirada triste
el sitio de su muerte nos indica.
Nosotros le seguimos, y mis hijos
aquí encontramos; cerca de este arroyo
los sepultamos; este es mi retiro

cuando torno cansado de la caza;
aquí agobiado, cual un viejo roble,
mis ojos vierten siempre amargo llanto.
Runán, exclama Óscar, Rey de las lanzas;
Ogar, llamad, llamad a mis valientes
héroes, los hijos de Morvén. Hoy vamos
al Lano, cuyas ondas pestilentes
mil vapores mortíferos exhalan.
Corto será tu gozo,
Cormalo; que la muerte
en la punta asentada
perpetuamente está de nuestra espada.

Por el desierto marchan, cual la nube
tempestuosa, que los vientos rápidos
por la maleza arrastran, de relámpagos
y de truenos preñada; el ruido horrísono
de las selvas anuncia la tormenta.
De Óscar el cuerno suena la batalla,
y del Lano se agitan encrespadas
las olas todas; de Cormalo en torno
a su sonante escudo se ayuntaron
del negro lago los oscuros hijos.
Óscar combate, como suele, en guerra;
y Cormalo a los filos de su espada
muere; los hijos del terrible Lano
buscan asilo en sus profundos valles.
El Héroe la doncella de Inistona
tornó al palacio de su anciano padre.
Brilló el rostro de Anir en alegría,
y bendijo a mi Óscar de las espadas
valeroso caudillo.
¡Cuál fue de Osián el gozo cuando viera
la vela de su Óscar tendida al viento!
Así cuando el viajante tristemente
desconocidas tierras atraviesa,
y la noche terrible y sus espectros
con sus oscuras sombras le rodean;
nube de luz en el Oriente asoma,
y su pecho de júbilo se llena.
Con cantos le llevamos a las salas
de Selma, do la fiesta de las conchas
celebraba Fingal; de Óscar el nombre
mil bardos elevaron; al sonido
Morvén respondió en ecos.
Aquí Malvina estaba;

su voz era cual harpa melodiosa,
cuando la brisa que murmura dulce
al caer de la tarde a los oídos
lleva el son agradable.
¡Oh vosotros que veis la luz del día,
conducidme a una roca
de mis colinas, rodeada en torno
de espesos avellanos, y de robles
susurrantes; que el sitio de mi sueño
sea verde, y el estruendo del torrente
suene lejano; toma ¡oh mi Malvina!
el harpa; entona ¡oh virgen! los amables
cantos de Selma, porque el sueño pueda
mi alma embargar en sus serenos gozos
y de mi juventud los dulces sueños,
y los días de Fingal poderoso
otra vez tornen. Selma, ya tus torres,
tus árboles, tus muros sombreados
miro; los Héros de Morvén ya veo,
y ya escucho los cantos de los bardos.
Óscar la espada de Cormalo esgrime;
mil jóvenes la admiran, y contemplan
atónitos el hijo de mi fama,
celebrando la fuerza de su brazo;
de su padre en los ojos ven el gozo,
y aspiran a igual nombre en la memoria.
Héros valientes de Morvén, sin gloria
no quedaréis; mi espíritu se inflama
mil veces en el canto, y se recuerda
de los amigos de la edad pasada.
Mas el sueño desciende en pasos lentos,
al son del harpa plácida;
y nacen en el alma mil contentos
con sus gratas imágenes.
No mi reposo
con el ruidoso
son turbéis de la caza.
El bardo anciano
huye el profano
discurso, y se solaza
conversando
con el bando
de sus antepasados
los reyes esforzados.
Vos, hijos de la caza, el son ruidoso
tened lejano;

no interrumpáis el sueño delicioso
del bardo anciano.

POESÍAS NO INCLUIDAS EN EL MANUSCRITO DE PARÍS

Oda

A Cristo crucificado

Canto el Verbo divino:
no cuando inmenso en piélago de gloria
mas allá de mil mundos resplandece,
y los celestes coros de continuo
Dios le aclaman, y el Padre se embebece
en la perfecta forma no criada;
ni cuando, de victoria
la sien ceñida, el rayo fulminaba,
y de Luzbel la altiva frente hollaba,
lanzando al hondo Infierno,
entre humo pestilente y fuego eterno,
la hueste contra el Padre levantada.

No le canto tremendo,
en nube envuelto horrísonotante,
severas leyes a Israel dictando,
del Faraón el pecho endureciendo,
sus fuertes en las olas sepultando,
que en los abismos de la mar se hundieron;
porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
cual humo que disipa el raudo viento,
no fueron; la mar vino
y los tragó en inmenso remolino,
y Amón y Canaán se estremecieron.

Ni en el postrero día,
acrisolando el orbe con su fuego,
le cantaré, su soplo penetrando
los vastos reinos de la muerte fría,
que arrancarse su presa ve bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
al voraz tiempo luego
la eternidad en sus abismos sume,
y lo que es, fue, y será, todo consume;

empero eterno vive
el malo, eterna pena le recibe,
los justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero
por los humanos en la Cruz clavado,
el almo cielo uniendo al bajo mundo,
libre ya el hombre, y el tirano fiero
por siempre encadenado en el profundo
Infierno con coyundas de diamante;
do el pendón del pecado
tremolaba, brillando la Cruz santa,
tu Cruz, que al rey del hondo abismo espanta,
cuando al oscuro imperio
descendiste, del duro cautiverio
tus escogidos a librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,
fiero enemigo del mortal linaje?
¿Dó los blasones que te envanecían,
dó está de Adán la culpa y su memoria,
dó los que Rey del siglo te decían?
¡Cómo el Hijo del hombre tu cabeza
quebrantó con ultraje!
Tú que en tu fuerza ufano te gozabas,
tú que la erguida frente levantabas
más que de Horeb la cumbre,
¡oh coloso de inmensa pesadumbre!
yaces, postrada al suelo ya tu alteza.

Del Oriente al Ocaso
en alas de mil ángeles pasea
tu vencedora Cruz, Verbo divino;
ni es de hoy más Israel único vaso
de elección, que al altísimo destino
de hijos de Dios nos elevó tu muerte;
con tu Sangre la fea
mancilla de la culpa en nos lavaste,
y cual los querubines nos tornaste.
¡Oh gloria sin segundo
al Redentor, al Salvador del mundo,
por quien nos cabe tan felice suerte!

Ya miro el venturoso
día que tu Cruz santa el orbe hermana
con vínculo de amor indisoluble;

plácida caridad, almo reposo,
y paz perpetua reinan; la voluble
fraude tragó el Infierno en su honda sima;
la libertad cristiana
para siempre ahuyentó la tiranía,
y los tiranos bajo quien gemía
triste el linaje humano
derrueca el Cristo con potente mano,
que no quiere que al hombre el hombre oprima.

Sí, que nuestra ley santa
es ley de libertad, y los tiranos
en balde se coligan contra el Verbo;
Él los quebrantará con fuerza tanta,
cual león que destroza el flaco ciervo,
cual rompe el barro frágil metal duro;
iguales los cristianos
y libres vivirán siempre sin sustos,
el Cristo reinará sobre sus justos;
el orbe renovado
de la Sión celeste fiel traslado
será, Señor, bajo tu cetro puro.
¡Cuál mi inflamado pecho
ansía por ver tu gloria y las venturas
del linaje humanal que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
traspaso, y veo volar la serie triste
de los males del tiempo venidero,
y las culpas futuras;
mas tu gracia, Señor, omnipotente
desciende en fin, y tórnase inocente
el mundo iluminado
con tu ley, y en tu amor santificado,
y despojado del Adán primero.

APÓSTROFE A LA LIBERTAD

¡Oh lauro inmarcesible, oh glorioso
hado de nación libre, quien te alcanza,
llamarse con verdad puede dichoso!
Libertad, libertad; tú la esperanza
eres de cuanto espíritu brioso
el despotismo en sus mazmorras lanza.
Los pueblos que benéfica visitas,

a vida nueva al punto resucitas.

El pueblo de Minerva, el de Quirino,
si la historia pregonas sus loores,
y si con esplendor lucen divino,
del tiempo y del olvido vencedores,
a la libertad deben su destino.
La libertad regó las bellas flores
que la sien de Fabricio y Decio ornaron,
y a Foción y a Arístides coronaron.

A Jefferson y a Washington inflamas
en tu sagrado amor, y otro hemisferio
consume luego entre voraces llamas
los monumentos de su cautiverio.
Tu santo ardor por la nación derramas,
y de las leyes fundas el imperio,
siempre absoluto, porque siempre justo,
que la igualdad social mantiene augusto.

EPIGRAMA DE LA INQUISICIÓN

La horrible Inquisición, ese coloso
que del cieno nació de Flegetonte,
y mamó de Megera el ponzoñoso
jugo, y bebió el azufre de Aqueronte,
aún agita sus teas horroroso,
y entre ruinas descuella, cual el monte
de Olimpo en Grecia mísera desierta
su frente esconde entre las nubes yerta.

AL REY INTRUSO JOSÉ NAPOLEÓN CUANDO ENTRÓ EN CÓRDOBA EN

(Oda)

De rosas y de mirto coronadas
canten del Betis las festivas Drías
al sol benigno que de luces pías
viene a dorar sus márgenes sagradas;
sol de más dulce encanto
que al que de luz fulgente
visten las bellas Horas áureo manto;

y al grato rayo de su ardor clemente
la hermosa turba, en danzas extendida,
nuevo amor las inflame y nueva vida.

Venció de Alecto la infernal caterva,
y de Pirene hasta el hercúleo estrecho
ardió en su llama el español deshecho.
Nada la muerte a su furor reserva;
yaces, mísera España,
desolada al combate
de la propia opresión y de la extraña;
mas de la doble muerte que te abate,
tu rey, astro de vida, te rescata
y el bien por tu ancho término dilata.

Tal, esplendor benéfico sembrando,
de entre las ondas del rosado Oriente
nace del día el padre refulgente,
los plácidos celajes matizando;
y del Indo distante
esparce el almo aliento
en el carro de nítido diamante,
al orbe mustio, de su luz sediento;
hasta que la quadriga voladora
pisa otra vez los reinos de la Aurora.

Así el Betis te admira cuando goza
a tu influjo el descanso lisonjero,
al tiempo que de Marte el impio acero
aún al rebelde catalán destroza.
La paz que en tu semblante
y que en tu pecho mora,
nos fue presagio del feliz instante,
término de la Parca destructora.
gózale grata, en fin ¡oh patria mía!
y honra a tu rey en himnos de alegría.

No el despótico error más inhumano
te oprimirá en ignoble cautiverio,
ni negará el laurel que en el imperio
del primer Carlos pretendiste en vano;
aurora sepultada
en nublado día
fue aquella tu esperanza malograda,
mas ya suelta la férrea tiranía,
no clames, Betis, en tu orilla amena

por las glorias del Támesis y el Sena.

Reinará la abundancia, y en su seno
verás domar al piélagos tus robles,
y no quebrados tus intentos nobles,
tu nombre antiguo gozarás de lleno;
dos siglos son pasados,
¡oh España! que no existes,
cuando a impulso de genios elevados
te ves nacer de entre fragmentos tristes;
por tanta hazaña ¡oh Palas! ya previenes
el más digno laurel de regias sienes.

Y así ¡oh gran rey! a su región te llama
en que sólo ser puedes coronado,
donde el Betis, del Tíber envidiado,
por los tartesios campos se derrama;
la antigüedad sagrada
aquí al árbol dio asiento
que es de la dulce paz insignia amada,
y del culto de Palas ornamento;
y aquí, de ciencia y paz doble corona
hoy ha de darte el coro de Helicon.

Aquí el Elíseo campo venturoso
pintó el cantor de la venganza argiva,
y Argantonio y Gerión copia festiva
aquí gozaron en feliz reposo.
Aquí naturaleza
prodigó sus delicias,
porque del mar vencieran la aspereza
púnicas proras, griegas y fenicias,
hasta que la fortuna dio al romano
el confín del incauto turdetano.

Febo de luz, más pródigo, le baña;
vos dadle luz de amor más encendida;
que él es, señor, delicia de la vida,
como vos sois delicia de la España;
ni recuerda memorias
más de Minerva o Marte;
que, despreciando sus antiguas
ya su gloria mayor pone en amarte;
gozad, gozad su amor, y eternamente
orne su verde oliva vuestra frente.

